



L'Espresso

L'Espresso
No. 142-1935

142

50¢

Monleon

Lector:

Esta Revista se debe a un noble propósito cultural y no a interés particular alguno. Tampoco están supeditadas sus páginas a conveniencias inconfesables de bandería o de secta. Su única misión, misión honrada, limpia y digna, es la de difundir y divulgar todos cuantos conocimientos se consideren útiles y necesarios para una vida racional e higiénica, libre y feliz.

Dicho está con ello que esta publicación no tiene, ni los admite, otros ingresos que los estrictos de la venta de sus ejemplares a sus propios lectores, y esos ingresos no llegan, ni en mucho, a compensar el coste y demás gastos de su impresión.

Rogamos, por tanto, a los lectores de ESTUDIOS compren y recomienden los libros de su Biblioteca aquí anunciados. Esta Biblioteca editará siempre obras de indiscutible valor literario, cultural y científico, selectamente escogidas de entre los autores de reconocido prestigio universal, sin más interés que el de ayudar a la vida de esta Revista.

LA REDACCION

Biblioteca de ESTUDIOS

CONDICIONES DE VENTA

ESTUDIOS (Servicio mensual).—Desde cinco ejemplares en adelante, el 20 por 100 de descuento (excepto en los envíos para Francia, cuyo descuento se aplica a gastos de envío). Los paquetes para el extranjero deberán abonarse por anticipado. Los paquetes para España se abonarán sin falta todos los meses, por giro postal.

Libros (Servicio sobre pedido).—Las ventas se hacen en firme y no en comisión.—No se envían libros en depósito.—Para todo pedido de libros es condición indispensable el pago anticipado o el reembolso.—Los gastos de envío van siempre a cargo del comprador.—Los correspondientes, libreros y suscriptores directos de ESTUDIOS tienen derecho a los siguientes descuentos: 30 por 100 en las obras en rústica, y 20 por 100 en las encuadernadas.—Los pedidos de particulares cuyo importe sea de diez pesetas en adelante se sirven libres de gastos, pero sin descuento alguno.

Toda correspondencia, giros, etc., deberán ser dirigidos a: Señor Administrador de ESTUDIOS, Apartado 158, Valencia (España).

Colección de Educación e Higiene

El exceso de población y el problema sexual, por el doctor G. Hardy.—Todos los años mueren centenares de miles de mujeres por aborto clandestino, víctimas calladas de procedimientos absurdos y nefastos, propalados por la rutina y la ignorancia. Esta importantísima obra del doctor Hardy, libro documentado y serio, viene a evitar esos estragos que tanto daño causan al mundo, poniendo sus vastos conocimientos y su larga experiencia al servicio de la humanidad.—Esta obra en el hogar es la mayor garantía para la felicidad conyugal y el bienestar.—Obra de excepcional importancia. Verdadera enciclopedia de la vida sexual.—Un tomo de 448 páginas, ilustrado con 66 grabados en negro y cinco preciosas láminas a tricolor, fuera de texto.

Precio: 10 ptas. Lujosamente encuadernado en tela, 12 ptas.

Educación sexual de los jóvenes, por el doctor Mayoux.—He aquí el juicio que ha merecido este libro, de uno de los más eminentes prestigios de nuestra época: «Preservar a la juventud con enseñanzas puramente racionales y científicas de los peligros que la acechan en la vida sexual; apartarle del vicio y de la abyección (ese abismo horrible por cuyo borde camina a ciegas la juventud de nuestros días), ¿no es acaso la mejor y la más digna labor del verdadero humanista? Tal es la obra del doctor Mayoux, hoy tan justamente admirada. Cuando los Ministerios de Instrucción Pública se percaten de su elevada misión, estos libros serán declarados de texto para las escuelas.»—De esta obra se han vendido en Francia más de dos millones de ejemplares.

Precio: 2 ptas. Encuadernado en tela, 3'50 ptas.

La maternidad consciente. «Papel de la mujer en el mejoramiento de la raza», por Manuel Devaldés.—Educar a la mujer en los conocimientos necesarios para cumplir racionalmente y por su voluntad la más importante misión de la vida, es como ser y decidir el porvenir y la felicidad en las generaciones futuras. Atacar y cauterizar en su origen las miserias sociales, por donde sangra el mundo con todas sus purulencias de prostitución y pauperismo. Esta obra debiera ser leída por toda mujer destinada a ser madre, para que comprendiera cuán importantísima es su misión.

Precio: 2 ptas. Encuadernado en tela, 3'50 ptas.

Lo que debe saber toda joven, por la doctora Mary Wood.—El sistema del silencio empleado hasta ahora en la educación de las jóvenes respecto a los secretos de la generación, ha dado y sigue dando nefastas consecuencias de que son víctimas propicias esas pobres muchachas inexpertas, que abastecen los hospitales y los antros de prostitución. La doctora Mary Wood expone el método racional y lógico que a las jóvenes destinadas a ser madres debe dárseles, sin herir lo más mínimo su delicada sensibilidad, explicándoles de manera apropiada y racionalmente la verdad que más tarde ha de revelarles la vida. Crear una conciencia y una moral

sexual en la juventud es prevenir las fatales consecuencias del vicio y la depravación.

Precio: 1 pta. Encuadernado en tela, 2'50 ptas.

Enfermedades sexuales, por el doctor Lázaro Sirlin.—Divulgaciones científicas y de prevención contra las enfermedades venéreas, para uso de los jóvenes. Cuando se reflexiona que toda esa laceria horrenda, que hoy consume a una cuarta parte del género humano, hubiera podido ser evitada mediante las prácticas preventivas que el doctor Sirlin expone en este libro con toda claridad y sencillez, se comprende cuán beneficiosa y necesaria es para la humanidad la divulgación de estos conocimientos preventivos. ¡Cuántos desgraciados maldecirán su existencia atormentada por haber desconocido sus progenitores estas medidas de prevención tan sencillas y naturales!

Precio: 1 pta. Encuadernado en tela, 2'50 ptas.

Educación y crianza de los niños, por Luis Kunhe.—Consejos a los padres, preceptores y educadores. Libro de alto valor biológico y de utilidad inapreciable.—A las madres particularmente, a quienes corresponde la responsabilidad moral y material de los primeros pasos de la vida del niño, hay que recomendarles la lectura de las bellas enseñanzas contenidas en sus páginas.

Precio: 0'75 ptas.

Embriología, por el doctor Isaac Puente.—Esta bella obra, de utilidad incomparable, la dedica su autor a la juventud estudiosa que siente insatisfecho su noble afán de saber y que sueña con un mañana mejor. Por eso expone los conocimientos de esta ciencia joven y seductora que es la embriología, en forma amena y sencilla, para que sea comprendida por todos.

Precio: 3'50 ptas. En tela, 5 ptas.

Colección Conocimientos útiles de Medicina Natural

¡Cuántas veces una imprevisión, una desatención a las advertencias de la Naturaleza, cuestan una vida que habría podido salvarse fácilmente!

La vida moderna, con su exceso de gasto cerebral y nervioso, exige del hombre conocimientos de sí mismo que le pongan a cubierto de los peligros que acechan su salud. Debe conocer y saber cuidar sus defensas fisiológicas para evitarse dolencias que convierten la existencia en un martirio insostenible. No hay que fiar la salud en manos del médico únicamente. El mejor guardián de la salud propia debe serlo uno mismo, porque por mucho talento que tenga el médico no podrá evitar las dolencias si el propio interesado, con su abandono, las convierte en crónicas e incurables.

A esa necesidad responde la serie de libritos que ha empezado a publicar ESTUDIOS con una finalidad altamente humana, que sin duda ha de merecer la simpatía de todos, y hará que dichos libritos se consideren muy pronto imprescindibles en todos los hogares.

Cada enfermedad está estudiada por un médico naturista especializado en la materia, tratada de manera vulgarizada y sintética, que la hace comprensible para todas las inteligencias.

He aquí los publicados hasta ahora:

La Tuberculosis. Cómo se evita y cómo se cura sin drogas ni operaciones.—Por el doctor Roberto Remartínez.

Precio: 1 pta.

Las enfermedades del Estómago. Prevención, síntomas y tratamientos de las diversas enfermedades del aparato digestivo.—Por el doctor Eduardo Arias Vallejo.

Precio: 1 pta.

El Reumatismo. Cómo se evita y cómo se cura por los medios naturales al alcance de todos.—Por el doctor Eduardo Alfonso.

Precio: 1 pta.

La Fiebre. Sus causas, sus consecuencias, su tratamiento. Conocimientos científico-naturales al alcance de todos.—Por el doctor Isaac Puente.

Precio: 1 pta.

Junio

1 9 3 5

Año XIII ◆ Núm. 142

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN :
APARTADO 158. — VALENCIA

Estudios

Revista ecléctica

Publicación mensual

Actualidad

Dionysios



¿Qué me tiene el lector con muchas cosas que decir y sin saber qué decir. No hay manera de comentar la solución de la última crisis como debería comentarse. En mis notas anteriores decía que antes de un mes volveríamos a tener el Gobierno que entonces había salido. La verdad es que al escribir eso estaba yo demasiado optimista. Antes de un mes tenemos el mismo Gobierno, en efecto, que entonces acababa de salir, pero empeorado. Aun a los que sabemos que todos los Gobiernos, absolutamente todos, son peores, no pueden ocultársenos los grados de peor que tiene el Gobierno actual sobre cualquiera de los anteriores.

Tampoco hay manera de comentar (como debería comentarse) el hecho de que en el nuevo Gobierno de la República no haya más que tres ministros republicanos, si es que los radicales, después de lo que ha pasado y está pasando, pueden llamarse republicanos.

Sobre este particular habría motivos para extenderse largamente. Podría decirse, por ejemplo, que los ministros de la monarquía, incapaces, sin preparación, sin idea siquiera de las cosas que habían de regir desde el ministerio, según afirmaban los republicanos entonces, se han convertido, por arte de birlibirloque, en capaces, preparados y enterados de su misión ministerial, hasta el punto de poder ocupar las mismas carteras ahora que antes, unos, y carteras de más responsabilidad otros que durante la monarquía no

pasaron de los ministerios de poco más o menos, sin duda por aquella incapacidad y falta de preparación de que hablaban los republicanos.

La adquisición de capacidad, de preparación y de conocimiento de las tareas ministeriales por parte de otros ha debido ser mayor aún, puesto que antes, a pesar de su monarquismo, no tenían ninguna posibilidad de llegar a ministros, y ahora ya lo son.

Tampoco, por otras causas, tenían posibilidad de ser ministros, durante la monarquía, los carlistas. La República, más generosa, les ha abierto, según se dice, las puertas de un ministerio. No sé si es verdad o no. Traslado aquí el rumor popular. Ni le quito ni le añado nada. En todo caso, los ciudadanos de la población en que van a aparecer estas líneas, si aparecen (hace tiempo que tengo que hacer siempre esta aclaración), son los únicos que podrán decir si el rumor es fundado o no. Claro está que el carlista de ayer, si es verdad que lo era, puede haberse convertido en republicano. Como se han convertido en capaces de regir un ministerio los que en los tiempos de la monarquía no tenían, según los republicanos, capacidad para ello. Incluso es más fácil, si no estoy equivocado, aquella conversión que ésta.

La filiación auténtica, según opinión poco menos que general, de otros ministros, tampoco hay manera de comentarla como debería comentarse. Ya he dicho al empezar que no sabía qué decir, teniendo muchas cosas que decir.

Antes, cuando los primeros Gobiernos republicanos, se creía que la masonería tenía una influencia decisiva en la dirección del país. Se creía y se decía en todos los tonos. Los defensores de la disuelta Compañía de Jesús, particularmente, lo decían con un tono casi conmovedor. Hoy se cree que la influencia decisiva en la dirección del país la tiene la citada disuelta Compañía de Jesús, pero probablemente no puede decirse. Y esa influencia la tiene, por lo visto, mediante los ministros cuya filiación auténtica no hay modo de comentar.

Claro está que estos ministros, sin haber abandonado su filiación auténtica, pueden haberse convertido en excelentes republicanos. Como el carlista, si lo era. Como los ex ministros de la monarquía que ahora son ministros de la República, los cuales se han convertido al propio tiempo, como ya he explicado —lo que es mucho más difícil—, de incapaces —según los republicanos, lo repetiré siempre— en capaces, de faltos de preparación en preparados, de ignorantes de su tarea ministerial en conocedores de ella.

Que aquella conversión se ha realizado, nos lo dicen los organillos —no llegan a órganos— gubernamentales. Por lo menos el que yo veo con alguna frecuencia, un periódico provinciano —barcelonés, lerrouxista y titulado *Renovación*: no quiero regatearle la propaganda— en cuya caja es posible que no entren, en concepto de venta, otros diez céntimos que los míos el día que se me ocurre comprarlo, porque he de confesar que lo compro alguna vez. Inútil decir que no lo compro porque yo tenga alguna debilidad por el lerrouxismo; nada de eso. Lo compro porque es el periódico más fundamental-

mente cómico que se publica en España. Sin que sus redactores se lo propongan, no es menester decirlo. Esperar de ellos una comicidad consciente sería demasiado. Como sería demasiado esperarla de cualesquiera otros que se prestaran a escribir organillos así en que hoy se dice que es blanco lo que ayer se decía que era negro, y viceversa.

Volviendo al hilo de lo que decía, si es que este no saber qué decir, con muchas cosas que decir, tiene hilo, parece ser que, aunque la influencia decisiva en la dirección del país la tiene hoy la disuelta Compañía de Jesús, la masonería conserva aún alguna, como antes, indudablemente, la disuelta Compañía de Jesús no la había perdido toda. Sólo hay esta diferencia: que antes los defensores de la disuelta Compañía de Jesús podían poner el grito en el cielo, y ahora los masones, seguramente, no podrían decir nada. Si yo tuviera algún amigo masón, lo que no creo, le haría notar esta diferencia. Sencillamente porque me molesta la desigualdad que implica injusticia, no por ninguna otra cosa. A lo mejor a mi amigo masón, si lo tuviera, le tendría sin cuidado mi observación. No sin fundamento. Si los capitostes de la masonería, según voz pública, no sólo pasan por ello, sino que se entienden perfectamente con los que personifican la influencia de la disuelta Compañía de Jesús en los destinos del país, ¿por qué él se había de sentir herido?

Ya que he aludido al acuerdo entre masones y jesuitas, entre la masonería y la Compañía de Jesús, instituciones igualmente rancias, anacrónicas, termino. Porque ahora tendría que decir hasta qué extremos lleva la defensa de lo que no tiene defensa, y eso, estoy seguro, no se puede decir.



Alrededor del asunto de las esterilizaciones

Sebastián Faure



EO a veces el *Journal*, pero raramente el *Film* cotidiano que publica en ese periódico un «horrible burgués» (es él mismo quien se califica así y no sin motivo) que firma Clemente Vautel.

Un amigo me señala y me trae dos artículos (si así puede decirse) de este señor.

Tratan uno y otro del asunto de las esterilizaciones de Burdeos.

El primero de esos artículos es propiamente idiota; el segundo es suciamente odioso.

Invirtamos el orden de los factores; el total: estupidez y crapulería, seguirá siendo el mismo.

Comienzo, pues, por el segundo artículo. Aquí, el odioso Clemente Vautel se hace *soplón*. Llama la atención del ministro de la Educación nacional sobre el caso de nuestra camarada Larrère, maestro de escuela en Lugant-Retzons (Landes).

Parece que Larrère se ha hecho esterilizar. ¡Horror y sacrilegio!

En un hombre cualquiera, pase aún. Pero en un maestro de escuela es un crimen abominable, y Vautel declara que habría debido ser revocado *por telégrafo*, si tuviéramos la dicha de ser *gobernados* como sería deseable y necesario que lo fuésemos.

Un *periodista soplón*: el hecho ha llegado a ser tan frecuente que no estoy sorprendido. Pero gusto de creer que la Prensa no se ha hecho para que sea un anejo de la policía, que tiene otra tarea que realizar y que existen a pesar de todo en la muchedumbre de los que viven de su pluma —y aun de su plumero— gentes que encontrarán indigno que sea hasta este punto rebajada la profesión que ejercen.

El artículo de que hablo está atestado de algunos chistes groseros, relleno de varios juegos de palabras sin gracia, salpicado de diversas ironías pesadas y vulgares: salsa

mal ligada destinada a sazonar la simpleza del pescado.

El final del artículo merece citarse. Helo aquí:

«Es verdad que la Anarquía no ha sido jamás sino una opinión de ingenuos o de imbéciles» (*sic*).

Una sola palabra para decir que, si es así, es pasmoso que el mencionado Clemente Vautel no sea anarquista, si no a título de ingenuo, al menos a título de imbécil.

• • •

Vuelvo al primer artículo.

En éste, Clemente Vautel obsequia a sus lectores con un razonamiento que él estima de una fineza insuperable y de una lógica irresistible.

Se expresa así: «Esos tontos (los anarquistas) se precian de hacer la felicidad de la humanidad. El medio que han descubierto y que preconizan, consiste en no engendrar más niños. Esto será la supresión de la miseria y de la desdicha por la extinción de la especie; porque es evidente que cuando sobre la tierra no haya ya nadie, no habrá ya desgraciados.»

¡Y ya está!

Pero... porque hay un *pero*, este razonamiento maravilloso hace brillar la ignorancia o la mala fe (a menos que no sean la una y la otra) de su autor.

Prefiero suponer que el señor Vautel peca por ignorancia y, luego de haberle hecho observar que no es muy honesto hablar de lo que no se sabe nada, me tomo la libertad de enseñarle lo que habría debido aprender a fin de no inducir a error a los numerosos lectores del *Journal*.

Los anarquistas no preconizan la supresión de los nacimientos; se reducen a aconsejar la limitación de éstos. Son en extremo amantes de la libertad positiva para pensar en prohibir a quien quiera que sea la alegría de

procrear, si tal es su deseo. Desafío a Clemente Vautel a extraer de la abundante literatura anarquista un solo texto que exprese una prohibición semejante. Sobre este punto, como en todas las cosas, queremos que el individuo (hombre o mujer) sea y quede totalmente libre.

Prohibir a cualquiera procrear nos parece tan absurdo y atentatorio a su libertad como absurdo y atentatorio a su libertad sería querer obligarle a procrear.

Es padre o madre quien quiere y puede.

Es un asunto puramente individual.

He aquí el principio.

No obstante, el individuo vive en sociedad y en un medio social determinado.

Es, pues, prudente considerar el problema de la natalidad como se plantea, es decir, bajo el ángulo individual y en el cuadro social.

Bajo este doble aspecto, y por consiguiente en su conjunto, es como los anarquistas lo estudian.

Serio, profundo, metódico, este estudio, impulsado por ciertos libertarios a los cuales no ha escapado su extrema importancia, ha llevado a éstos a comprobaciones del más alto interés.

Indico, aquí, las principales.

1.º El hombre del siglo XX sigue siendo, en el dominio de la sexualidad, como era el de hace dos milenios. No aporta a sus contactos carnales ninguna prudencia, deja al azar las consecuencias que puede acarrear el acto de amor. No se preocupa —y aun así— sino cuando se encuentra enfrente de esas consecuencias.

2.º De esta indiferencia culpable, de esta imperdonable ligereza, resulta que, siendo casi ilimitada la potencia genésica de la especie, y estando reducida la tierra, por su extensión forzosamente limitada, a una productividad igualmente limitada, se produce fatalmente, en un espacio de tiempo más o menos largo, entre las subsistencias y las necesidades de la población, un desequilibrio que condena a las privaciones a una parte de la población.

De esta imperdonable ligereza, de esta criminal indiferencia con las cuales el hombre y la mujer procrean (si están atacados de una afección hereditaria, ¡tanto peor!; si están en una situación económica precaria, ¡tanto peor!; si están ya cargados de familia, ¡tanto peor!) resulta aún que dan la vida a abortos, alcohólicos, sífilíticos, escrofulosos, cretinos, anormales, etc., cuya existencia será de sufrimiento y de enfermedad, sin contar con

que llenarán la sociedad de una muchedumbre de desechos, de deteriorados, de pingajos, de dementes, de degenerados, que engendrarán, a su vez, idiotas, achacosos y desequilibrados, brutos y embrutecidos.

3.º Este pululamiento insensato de la especie acaba en un superpoblamiento que es una fuente inagotable de guerras: los pueblos de población demasiado densa sobre un territorio demasiado reducido se encuentran en la necesidad (*Mussolini dixit*) de extenderse o de estallar.

4.º Este superpoblamiento tiene, además, por consecuencia, congestionar el mercado del trabajo, suscitar entre los trabajadores las rivalidades, los conflictos, los odios que los levantan a unos contra los otros y determinan, por aplicación de la ley de la oferta y de la demanda, un nivel de los salarios siempre inferior a un *standard* normal de vida; porque todo el mundo sabe y por lo demás es evidente que, «cuando un patrono corre tras dos obreros o empleados, eso va bien; y que cuando dos obreros o empleados corren tras un patrono, eso va mal».

5.º Enfrente del número enorme de los sin trabajo y del paro forzoso que no puede sino agravarse a consecuencia del perfeccionamiento incesante del herramental mecánico, de los progresos constantes de todas las técnicas y de la racionalización del trabajo que permite obtener, en un tiempo cada vez más corto y con ayuda de brazos cada vez menos numerosos, un rendimiento cada vez más considerable, los anarquistas —y el simple buen sentido con ellos— declaran que es *disparatado impulsar a la natalidad sin freno y que es razonable pensar en contener ésta en límites prudentes*.

Me reduzco a estas pocas comprobaciones que tienen el mérito de apoyarse en observaciones registradas por higienistas calificados, sabios ilustres y sociólogos eminentes.

No he agotado la lista de las terribles consecuencias que se derivan de la tesis imprudente de una natalidad inconsciente y desordenada.

Me sería fácil enumerar otras que producen su efecto en el marco familiar, sobre el terreno educativo y sobre el plano paternal y maternal (maternal sobre todo).

Lo que precede justifica ampliamente la negación que he opuesto antes al razonamiento inepto del señor Vautel pretendiendo que «esos tontos de anarquistas quieren que no se engendren más niños y que la especie humana no será feliz sino cuando haya desaparecido definitivamente».

Ya he dicho que basada en el principio de la libertad, que es «*el alfa y omega*» de su teoría social, la Anarquía no ordena ni prohíbe. Su acción no es imponer, sino aconsejar.

Y a los que quieren escucharles, los anarquistas se permiten darles, en materia de natalidad, los dos consejos siguientes:

Primer consejo: Pensad en la gravedad de las consecuencias que entraña el hecho de procrear. No tratéis ese hecho a la ligera. Reflexionad en su enorme importancia por lo que toca a vosotros mismos (padre y madre), a vuestros otros hijos, al hijo por venir y a la sociedad de que sois miembros.

Por consiguiente, no más hijos inesperados, no deseados; no más hijos cuya temida llegada sería tenida por vosotros por una especie de desgracia, casi de catástrofe.

No seáis padre o madre sino con entero conocimiento; escoged el momento en que el estado de vuestra salud y vuestra situación os inciten a desearlo.

En una palabra: no tengáis hijos sino cuando *deseéis* tenerlos y no cuando no podáis criarlos.

Segundo consejo: Tened la prudencia y la cordura de no *desear* un hijo sino:

1.º Cuando tengáis la certidumbre —tanto, al menos, como es posible tenerla— de estar en estado de asegurarle un buen nacimiento: constitución sana, vigorosa, normal.

2.º Cuando vuestra situación social, vuestros recursos, os permitan rodearle de todos los cuidados que contribuyen a un feliz desenvolvimiento fisiológico y a una buena educación intelectual y moral.

Estas recomendaciones, ¿son de *ingenuos* y de *imbéciles*? ¿No son, por el contrario, dictadas por una prudente previsión y una laudable comprensión?

Una vez más: aconsejar, enseñar, instruir, guiar, no es imponer. Los anarquistas tienen menos el gusto que el poder de ordenar y los

consejos que dan dejan a cada uno completamente libre.

«Si estáis sanos y en buen estado de salud y si vuestra situación os permite soportar las cargas ligadas al cumplimiento de vuestras obligaciones de padre y de madre, libres sois de procrear. Tened un hijo, si lo deseáis; tened varios, si eso os agrada; es asunto vuestro.

Pero si, por razones particulares, de las cuales vosotros sois los únicos jueces, os decidís, a fin de preveniros contra el riesgo de ser padres, a recurrir a la operación de la vasectomía, eso os interesa y no interesa sino a vosotros.»

• • •

¿Está claro?

La *vasectomía* no es la *castración*. La *vasectomía* es una operación benigna y clásica. Tiene por efecto suspender, interrumpir por un tiempo y no arrebatar irremediamente la facultad de reproducir, puesto que, por una operación inversa, esta facultad puede ser restablecida.

La obligación de hacer el servicio militar, de pagar los impuestos, de conformarse a las exigencias de la ley, de sufrir las incomodidades y las injusticias, de hacerse estropear la figura por defender la patria, etc., ¿no es bastante y aun demasiado?

¿Se va a añadir a todo eso la procreación obligatoria?

No conozco más que una categoría de individuos que agregarían de buena gana esta obligación a todas las que abruman ya a la pobre humanidad (quiero decir la humanidad pobre), si no comprendieran su ridiculez e inoperancia.

Son los partidarios de la multiplicación a la manera de los conejos..., por parte de los demás. Porque si la aconsejan al prójimo, se guardan muy bien de practicarla ellos mismos.



La línea amorosa

Dr. Félix Martí Ibáñez



A intromisión de la Biología en los ámbitos del amor, hasta hoy tan sólo explorados por los poetas, ha producido un doble efecto: Por una parte, el amor se ha visto desposeído de aquel tinte de caprichoso fatalismo con que le barnizaron los románticos. Por otro lado, comienzan a encasillarse los fenómenos amorosos en un chiquero científico. Lo cual, si bien les resta algo de su poético misterio, no es menos cierto que puede conducir a la Humanidad a tener noticia de los errores amorosos y conociéndolos a tratar de evitarlos, para así fruir mejor la gloria triunfal de los aciertos.

Uno de los interesantes hechos que ofrece a la piqueta del psicólogo el filón de la fenomenología amorosa, es el de saber si es el azar o el determinismo lo que rige la elección en el amor. No nos vamos a referir a este particular, a los factores condicionantes del proceso de la elección amorosa, sino al caso más general de los varios amores que pasan por la vida de una persona y del lazo de unión entre los mismos, de la continuidad que todos ellos presentan. Pues si hasta hoy pudo creerse en el sentido frívolo del amor, que hacía a los humanos enamorarse varias veces de personas dispares en lo físico y lo moral hasta hallar la pareja ideal, hoy podemos afirmar rotundamente que tal azar no existe. Por tanto, la ruta amorosa de cada uno, no es un errante mariposar por los trigales del amor, sino *un trayecto prefijado*, en el cual la elección erótica va perfilándose cada vez más, hasta hallar el anhelado objeto amoroso.

De momento, esta afirmación, que parece destruir la libertad en las acciones amorosas, puede parecer aventurada. Por la vida de tal hombre desfilaron mujeres rubias y morenas, dulces y enérgicas, bondadosas o malignas. Aquella otra mujer amó a hombres altos y bajos, tímidos y audaces —claro está que nos referimos a un afecto sentido como pleno amor y no a un pasajero episodio de amor

físico—. Parecería, en vista de esto, arriesgado afirmar que entre todos esos amores existiese otra ligazón que la que les prestaba la personalidad del amador. Pero está demostrado que un hilo psicológico engarza como cuentas de un collar todos los momentos amorosos de una vida.

Presentad a una persona un montón de dibujos o fotografías cuyas imágenes tengan la mayor variedad y pedidle que seleccione aquellas que más le impresionen. Observad después las elegidas y veréis como entre todas ellas, por dispares que sean sus asuntos, existe una indivisible ligazón, una sutil semejanza que los unifica. Podrán diferir en su forma o en su fondo, pero todos ellos ofrecen una comunidad, un *aire de familia*, que no escapará a la pupila del observador perspicaz.

En apariencia la elección fué libre; en realidad no lo era. Aquella persona obró en la experiencia influida por ciertos motivos psicológicos. Cada dibujo provocó una impresión en su alma, débil o intensa. Y fueron seleccionados aquellos que por ostentar un cierto simbolismo para el interesado, provocaron en su espíritu una más honda reacción psicológica. Pudiéramos decir que, ante el diapason de sus sentimientos, vibraron diversas campanillas y que tan sólo fueron elegidas aquellas cuyo sonido originó, por igualdad en el número de vibraciones, la respuesta del diapason espiritual.

Analizando los dibujos elegidos, podréis reconstruir con ellos la imagen o la tendencia dominante en el espíritu del interesado, descifrando así el porqué de sus preferencias.

Si en vez de esta prueba verificáis la opuesta y leéis un puñado de obras del mismo autor o examináis cuadros o esculturas del mismo artista, advertiréis en todos los casos la similitud, el aire de familia, la sensación de que van repitiéndose motivos determinados que, por jugar un papel importante en el alma del autor, lo inducen a dedicarse a determinados temas con preferencia a otros. Este conjunto de imágenes dominantes

en la obra de un hombre, ese tinte inconfundible que ostenta, esa tendencia a determinadas actividades u orientaciones, es lo que constituye el estilo del mismo. Gracias a ese estilo, reconocemos un autor con sólo leer uno solo de sus capítulos o contemplar uno solo de sus dibujos.

Pues bien, en el amor el *estilo psicológico* juega un importante papel que dieron hasta hoy al olvido cuantos hablaron de dicho tema; que, por cierto, fueron el cien por cien de los mortales, pues en política y amor no hay quien no pretenda poseer la Verdad.

O sea que la vida amorosa de una persona está integrada por una serie de episodios que reflejan la misma tonalidad, lo cual les hace semejarse de modo manifiesto estar engarzados en un hilo de analogías y permitir así al psicólogo que los estudie descubrir en ellos el *estilo amoroso* del protagonista.

Hace años este hilo, o mejor dicho, su génesis, no se buscaba en el propio protagonista, sino en el coro de comparsas, en las personas enamoradas de él. Se supo que las rubias o las ingenuas embelesaban a tal hombre y que los morenos o los románticos extasiaban a una dama, y en vez de profundizar en el propio amador el porqué de tales predilecciones, se pretendió hallarlo en las cualidades de las personas amadas. Error de bulto equivalente al que se cometería pretendiendo buscar dentro de varios espejos que reflejasen el mismo rayo lumínico, la causa de su luz, en vez de guiarse por ellos para encontrar al hacecillo solar que se quebraba en los espejos.

Podemos ya afirmar que las características de la vida amorosa de un ser pueden someterse a dos principios fundamentales: a) Los diversos amores y objetos amorosos de una vida se hallan enhebrados por un hilo psicológico de similitudes. b) Dicho hilo psicológico responde a un *estilo amoroso* de la persona en cuestión, que le hace agrupar en la línea de su amor episodios y figuras semejantes.

Podéis comprobar estos principios estudiando los diversos varones o hembras que fueron amados por un ser del sexo opuesto correspondiente. Los casos de las mujeres amadas por Goethe o de los hombres que pasaron por la vida de Lucrecia Borgia, son harto significativos.

Y como quiera que nuestra figura y nuestro rostro —como demostró Kretschmer en su famosa *Caracterología*— traducen plásticamente nuestras características psicológicas, examinando los retratos de las amadas de un

hombre o los galanes de una dama —lo que se llama el *pasado amoroso*—, observaréis la evidente similitud de rostros, gestos y actitudes.

Es posible comprender ya que la *línea amorosa* tiene el significado de una búsqueda que realiza el enamorado de la mujer arquetípica o viceversa, siendo cada nuevo amor un paso más en la persecución del Ideal. De ahí que toda la carrera eróticoamorosa se realice siempre alrededor de un tipo ideal del cual son simples variantes los diversos objetos de amor.

He ahí el por qué el primer amor es el que menos probabilidades tiene de ser duradero, puesto que nuestro *estilo amoroso* no está aún forjado y mucho menos la *línea erótica* hacia el arquetipo. Sólo se conseguirá la elección ideal cuando esa línea arrastre todo un bagaje de errores y probaturas pasadas.

Hasta aquí nos hemos referido a la *línea amorosa*, pero debemos ya referirnos al factor causal de la misma o sea al *estilo amoroso*.

Cada hombre, como cada mujer, acude a la vida con un potencial amoroso, escaso o superabundante, determinado de antemano. Potencial que se vierte sobre la persona amada con arreglo a las leyes y a condiciones que prefijan el *estilo* del sujeto, o sea su propia y peculiarísima expresión y reacción personales ante el amor.

El que tiene un raquíto potencial amoroso vivirá un amor mezquino, vegetal y, por pedir poco al amor, probablemente lo obtendrá y con ello logrará la felicidad boba de los melindrosos del amor. Los dotados de un mayor caudal de amorosidad lo despeñarán tumultuosamente, viviendo intensos conflictos sentimentales. Pero lo interesante es que en amor cada ser viviente se desenvuelve y actúa con arreglo a un *estilo* propio. De ahí el fracaso de cuantas fórmulas —canónicas o legales— pretenden imponer a las colectividades un modo reglamentado de amar. Pues en amor no cabe reglamentación. El amor es libre por naturaleza y sustituir el *estilo* propio por un *estilo* colectivo equivale a cercar un torrente impetuoso con murallas de papel de seda.

Pero el *estilo amoroso* personal no puede ser desligado del *estilo vital*, de las actividades totales del ser humano. Hacer lo contrario sería falsificar la psicología del amor, tal y como nos ha hecho ver el psicólogo Adler. Por eso, para conocer el *por qué* de la *línea amorosa* de una persona, hay que investigar previamente su *estilo de vida* y por él llegaremos a conocer las causas secretas que deter-

minan su predilección por una u otra clase de amores y enamorados.

Preguntad a cualquiera *por qué* amó en diversas épocas de su vida a tal o cual persona y os relatará las circunstancias que concurrieron a producir dicho amor. Nunca sabrá decir los motivos de su elección, ignorando que residen dentro de su espíritu; como residía el demonio de la inquietud en el alma de esos héroes de Dostoiewsky, que marchan por su vida tumultuosa con un aire trágico de alucinados.

Y lo interesante no es conocer los colores y formas del blanco al que se dirigen los dardos amorosos, sino las condiciones de tirador, principal determinante de la trayectoria de la flecha.

Todos llevamos en nuestro interior un programa amoroso en latencia, en el cual están trazadas las características de nuestra *línea erótica*. En nosotros radica la posibilidad de desarrollarlo o de quedarnos con él entre las manos, como arqueros sin blanco. Por eso la Psicología científica ya no indaga el *porqué* circunstancial de los amores de un hombre y una mujer, ni el por qué ella acaso se enamoraba de cuantos hombres conocía. Eso son chismes de portería. Lo interesante es analizar las condiciones psicológicas *que obligaban a aquel hombre a enamorarse de aquella mujer y no de otra o que determinaban el que la citada dama enloqueciese por todos los varones que conocía*. Y si poseemos los datos referentes a la historia amorosa de una persona no resulta difícil trazar su línea amorosa para recorrerla después en sentido inverso y llegar así a conocer el principio de la misma o sea su *estilo amoroso*.

Para demostrar la complejidad de los factores que analizamos, referiré un caso ejemplar.

Un paciente mío me mostraba hace tiempo su colección de retratos amorosos, recuerdos de su juventud. Le hice observar, ante su asombro, que *todas aquellas efigies de mujeres por él amadas se parecían físicamente* y que en todas se daba la misma insignificancia física y el mismo aire de ingenua bondad en el

rostro. Verificada una superposición fotográfica de imágenes, obtuvimos un retrato que cristalizaba los rasgos comunes a todas ellas, y cuando le pregunté a quién podía parecerse aquel rostro me dijo que se parecía a su madre y que él lo atribuía a que siempre fué ella para él un modelo espiritual de Ideal amoroso.

En realidad era un caso que encajaba en esa psicología del niño mimado descrita por Adler. En su infancia vivió refugiado en su madre, que era a la vez su defensora. En su juventud se sintió débil frente a la vida y faltó del apoyo materno, buscó defensa y protección, pretendiendo *prolongar la presencia de la madre-defensora* en mujeres que ofreciesen semejanza física y moral con ella.

La línea amorosa de aquel hombre acusaba, pues, un estilo muy deficiente, y un sentimiento de inferioridad que le hacía concebir el amor únicamente como un modo de defenderse de las amenazas de la vida. De ahí sus curiosas preferencias femeninas hacia mujeres que simbolizasen a la madre. Acaso algún día analicemos en toda su extensión este interesante caso.

He aquí apenas esbozado el paisaje de inquietudes que lleva inherentes la investigación de la *línea amorosa*. En nuestro próximo artículo trataremos, como complemento, del *estilo amoroso* y sus factores condicionantes. Asunto de vital interés porque el conocimiento de la *línea amorosa* no sólo puede permitirnos gatear por ella y remontarnos a su génesis, sino seguir la curva ya iniciada, e igual que la vista completa el trozo que falta al arco roto del capitel, deducir el *futuro del amor*.

Arrancado ese secreto del porvenir amoroso, perderá el amor su misteriosa incertidumbre, pero acaso lo ganen en claridad los caminantes por sus intrincados senderos. Aparte de que en el penúltimo instante acaso dé el amor una pirueta que desconcierte al psicólogo, como para demostrarle que la vida va siempre más allá de los límites que nuestra ciencia quiera imponerle.



Al día con la Ciencia

Cinematografía

Alfonso Martínez Rizo

Cine sonoro



Si el del cine sonoro un caso que patentiza la certeza de nuestra afirmación de que en los inventos es lo de menos el inventor. Hasta el punto de que se trata de un invento que carece de inventor y que constituye sencillamente la utilización de nuevas posibilidades.

Existía el cinematógrafo que reproducía las figuras y sus movimientos y existía el fonógrafo que reproducía los sonidos. El hacer funcionar estos dos aparatos simultáneamente, llegándose así al cine sonoro, solamente requería el vencer algunas dificultades de escasa importancia referentes a la sincronización. La idea de reunir en uno solo los dos aparatos no podía considerarse como una invención ni sería un inventor quien lo realizara.

Sin embargo, nadie intentó llevar a la práctica esta idea por la sencilla razón de que los sonidos reproducidos por el primitivo fonógrafo, sobre tener una amplitud insignificante incapaz de llegar hasta todos los espectadores de un salón de espectáculos, eran gangosos y desagradables y resultaban muy inferiores en calidad comparados con la brillantez de las imágenes cinematográficas.

Pero, tras de ser inventada la lámpara de tres electrodos capaz de intensificar y purificar los sonidos, la idea del cine sonoro, tal como hoy lo conocemos, brotó espontáneamente en todas partes y llegó a los cines tras de una gestación brevísima en los laboratorios.

En la primitiva telegrafía eléctrica por línea conductora, en la que las diferentes letras eran transmitidas por una serie de corrientes largas y cortas, si se pretendía alcanzar una gran distancia, llegaba la corriente demasiado débil para hacer funcionar el aparato receptor, y esta dificultad fué vencida por medio del relevador. En el límite de distancia hasta donde se podía llegar, o en su proximidad, el aparato receptor, en lugar de escribir

los signos sobre una cinta de papel, abría y cerraba el circuito de una corriente potente que era enviada línea adelante, obrando como un nuevo manipulador. Con tal sistema, desaparecía el límite de distancia.

Pues bien, la lámpara de tres electrodos obra como un relevador que no sólo reproduce en el nuevo circuito la existencia o no existencia de corriente en el primitivo, sino que reproduce con la mayor pureza las más tenues variaciones de su intensidad. Una corriente telefónica, o sea una corriente modulada por ondas sonoras, llega debilísima a una lámpara de tres electrodos, y de esta lámpara sale otra corriente potentísima, *tan potente como se desee*, modulada exactamente igual que la corriente primitiva.

Y la lámpara de tres electrodos encontró inmediatamente aplicación a la telefonía con hilos, hizo posible la telefonía sin hilos y, modulando una corriente con arreglo a los sonidos de un fonógrafo, amplificándola así con una lámpara de tres electrodos y enviándola luego a un altavoz, o sea a un teléfono receptor potentísimo, transformó el fonógrafo en un aparato tan potente como sea preciso, haciendo así posible la asociación de este aparato con el cinematógrafo y dando origen al cine sonoro.

Las dificultades que hubo que vencer en los laboratorios se referían a la sincronización y a la pureza de los sonidos. Las primeras parecían a primera vista insignificantes. Sin embargo se notó que mientras que en el cinematógrafo la velocidad de funcionamiento podía variar ampliamente sin que el espectador lo notase, al variar en el aparato sonoro eran sensiblemente alterados los sonidos, siendo preciso dotar a los nuevos aparatos de un regulador de velocidad.

La pureza de los sonidos se obtuvo estudiando con esmero la lámpara de tres electrodos, lo que ya se venía haciendo con miras a perfeccionar la telefonía sin hilos.

Se hizo más aún: se creó un nuevo fonógrafo en el que los sonidos no eran registrados mecánicamente con hendiduras más o

menos profundas en el cilindro o disco de ebonita, sino óptica y fotográficamente con clarooscuros en la misma película cinematográfica.

La corriente modulada por los sonidos pasaba por una lámpara o tubo de neón, que carece de inercia y la luz producida estaba así igualmente modulada y era enfocada sobre una tira lateral de la película que, al ser revelada, daba partes transparentes y partes opacas con igual modulación. Esto para la impresión, y para la reproducción del sonido, la luz que dejaba pasar esta banda así impresionada caía sobre una célula fotoeléctrica, dando nacimiento a una corriente de idéntica modelación que, tras de ser convenientemente amplificada, iba al altavoz.

En el cine sonoro son empleados hoy indistintamente el fonógrafo clásico y la banda impresionada ópticamente. El primer procedimiento es más robusto, menos delicado. El segundo, en cambio, puede prescindir de los discos que constituyen un verdadero engorro cuando la cinta es algo larga.

Pero, mientras que el pickup, o aparato que va sobre el disco y origina la corriente, es algo que casi jamás se deteriora, la célula fotoeléctrica es delicadísima y exige, además, una amplificación mucho mayor.

Cinematografía en colores

Las películas coloreadas a mano que han sido proyectadas en los cines han desprestigiado a priori la cinematografía en colores naturales por su inferior calidad.

Pero quienes hemos podido contemplar —y esto hace ya muchos años— la belleza y la pureza de color de placas autómomas proyectadas sobre una pantalla, podemos augurar al cine en colores un éxito rotundo.

Claro es que, siendo la cinematografía una derivación de la fotografía, los procedimientos de la cinematografía en colores han de ser los mismos que los de la fotografía en colores.

De estos procedimientos es el más perfecto y, sobre todo, el más racional y científico, hasta constituir un hecho excepcional que cante un hermoso himno a la ciencia pura, el interferencial de Lipman. Pero, desgraciadamente, es inaplicable a la cinematografía, al menos por ahora, por dar una prueba única, exigir una exposición muy larga y necesitar un soporte opaco que refleje la luz.

Después viene, en orden cronológico, el procedimiento de la tricromía, que tan bellos

resultados da, dentro de la esfera práctica industrial, en el fotograbado.

Se fundamenta en el hecho de que tres luces de tres colores que, al sumarse, dan luz blanca, pueden originar, con la variación de intensidad de cada una de ellas, luces de todos los colores distintos.

Para la impresión se obtienen tres clichés a través de tres cristales cada uno de uno de esos tres colores, y luego se imprimen esos clichés con tintas del color correspondiente.

Para la cinematografía pueden ser proyectadas las tres vistas por medio de tres objetivos sobre la pantalla a través de tres cristales coloreados convenientemente, pero esto resulta bastante engorroso y exige un aparato especial.

También pueden ser proyectadas las vistas de los tres colores sucesivamente, de manera que el ojo las refunda en una sola vista de color, exigiendo esto un órgano giratorio, análogo al obturador, con cristales transparentes de los tres colores, o bien teñir cada vista de su respectivo color.

También puede ser empleado el procedimiento de las placas autómomas, para cuya proyección sirve un objetivo cualquiera y, por lo tanto, un aparato corriente. En tales placas se encuentran yuxtapuestos los elementos coloreados, realizando el ojo la fusión de los colores. En los primitivos de Lumière, los elementos coloreados eran granos microscópicos de almidón teñidos convenientemente, mezclados en debida proporción y depositados sobre una capa adherente de manera que quedan unos junto a otros sin que haya nunca dos superpuestos. Después, el procedimiento Guilleminot realizó una impresión coloreada yuxtapuesta en exágonos microscópicos.

Pero el caso es que tales placas autómomas, además de dar una prueba única positiva por inversión de la imagen, necesitan una larga exposición que viene a ser sesenta veces mayor que la necesaria para las placas ordinarias.

Se comprende esto fácilmente, pues la luz roja, para la que la placa es tan poco sensible, ha de producir también su impresión.

Y lo mismo ocurre en el procedimiento de la tricromía, en el que también ha de haber, para cada fotografía en colores, una prueba impresionada por luz roja.

Y en la cinematografía no es posible emplear largas exposiciones, ya que para cada fotografía elemental sólo se dispone de un dieciseisavo de segundo.

Así es que la verdadera dificultad de la ci-

nematografía en colores radica en encontrar emulsiones de extraordinaria rapidez, sobre todo para el rojo.

Esta dificultad es más importante para el procedimiento autóromo que para la tricromía, porque el primero, al yuxtaponer puntos pequeñísimos de diferente color, exige que la emulsión gelatinobromuro sea de grano finísimo, y es cosa sabida que las placas son tanto más rápidas cuanto mayor es el grano de su emulsión.

De todos modos, la técnica fotográfica ha adelantado extraordinariamente en los últimos años y es de esperar que en plazo breve nos sorprendan los cines con películas en colores naturales realmente maravillosas y de un efecto artístico sensacional.

Las placas autóromas han perfeccionado su emulsión y, además, han encontrado el empleo de «aceleradores». Yo hace muchísimos años que me he apartado de la práctica de la fotografía. Si ahora quisiera volver a hacer fotografías en colores, seguramente me encontraría con enormes sorpresas. Cuando yo probé las placas autóromas Lumière, era en sus comienzos, allá por el año 1909, hace veintiséis años. Entonces no se podía trabajar con ellas en galería, siendo indispensable el pleno sol, y para el retrato hacía falta una exposición de cerca de un minuto, verdaderamente fatigante para el modelo.

Pero en este invento en ciernes, como en todos, nos encontramos con el factor de la economía capitalista. Está a punto de brotar, pero la técnica habrá hecho el milagro, no buscando la belleza, sino exclusivamente buscando la riqueza para quienes plantean la cuestión como un negocio, resultando todo supeditado a los intereses de las grandes empresas.

Cinematografía en relieve

Cuando se contempla en el estereoscopio una prueba fotográfica maravilla la sensación de relieve percibida y la contemplación ocasiona extraordinario placer, a pesar de la extraña impresión ocasionada por la pequeñez de la imagen. Las placas estereoscópicas en colores naturales, aun ocasiona un espectáculo más impresionante. Ignoramos si se ha logrado la visión estereoscópica de vistas proyectadas sobre una pantalla, resolviéndose así la primera parte del problema que implica la cinematografía en relieve, pero es indudable que la contemplación estereoscópica de vistas fijas así agrandadas por la proyección de-

be constituir un espectáculo interesantísimo, siéndolo en grado máximo cuando estas vistas se sucedan con la rapidez cinematográfica, dando la sensación del movimiento.

El problema es sencillísimo cuando se trate de un solo espectador: bastaría agrandar convenientemente las dimensiones de las imágenes contempladas y los elementos ópticos, con la ventaja en la cinematografía de poder ser proyectadas sucesivamente sobre la misma pantalla y en forma alternativa las imágenes correspondientes a cada ojo.

Pero bastará que varíe la posición del espectador respecto a la pantalla para que todo el conjunto de elementos ópticos tenga necesidad de ser alterado. De manera que el problema es esencialmente espectacular y su dificultad estriba en que ha de ser resuelto a la vez para todos los puntos del salón de espectáculos.

En la visión espectroscópica hay una imagen para cada ojo y son distintas, como lo son las dos imágenes que percibe cada ojo por su diferente situación respecto al objeto mirado.

Si se proyectasen cinematográficamente sobre la pantalla esas imágenes correspondientes a ambos ojos de un modo sucesivo y alternado, podría obtenerse la visión estereoscópica colocando ante los ojos de cada espectador un obturador personal que le obligase a ver sucesivamente con cada ojo la imagen destinada a él, interceptando al mismo tiempo la visión del ojo contrario.

En principio, pues, aparece resuelto el problema, pero se comprende fácilmente que tal solución es irrealizable en la práctica, sobre todo por la necesidad de sincronizar los obturadores de todos los espectadores con los movimientos de la cinta.

Otra solución ha sido propuesta y ésta ya es más viable. Las imágenes correspondientes a cada ojo pueden ser proyectadas sucesiva y alternativamente sobre la misma pantalla, pero con dos luces de colores complementarios, teniendo ante sus ojos cada espectador unas gafas con cristales planos pero coloreados convenientemente para que obren como filtros y cada ojo no perciba más que las imágenes que le están destinadas, ya que las coloreadas con el color complementario no pueden atravesar el cristal.

La idea es sencilla y concreta y, gracias a ella, puede decirse que se encuentra ya resuelto el problema de la cinematografía en relieve. Pero hace falta vencer muchas pequeñas dificultades para llevar la idea a la práctica. Dificultades de orden análogo a las que presenta la cinematografía en colores,

aumentadas por la necesidad de emplear filtros coloreados. En cambio no existe la necesidad de emulsiones rapidísimas, ya que las imágenes pueden obtenerse con luz blanca natural sin uso de filtro alguno, empleándose éste únicamente en la proyección para obtener las imágenes de los dos colores complementarios.

En cuanto a la necesidad de que cada espectador use esas gafas estrambóticas parece ser fácil de satisfacer. Recordamos que hace diez o doce años se obligó a usarlas a los espectadores de unos «bailes rusos» para contemplar una como anticipación del cine en relieve, llamadas «sombras en relieve». Tales gafas eran regaladas por la empresa a todos los espectadores al entrar y, en lugar de vidrios, llevaban películas de celuloide convenientemente teñidas. Parece ser que el efecto de dichas sombras en relieve era sumamente fantástico y que resultaba su contemplación impresionante; el autor tuvo que renunciar a asistir al espectáculo por un defecto de su vista que le impide la visión estereoscópica, ya que solamente ve claro con el ojo izquierdo.

En éste, como en los anteriores problemas, se sigue trabajando con ahinco en los laboratorios, porque se trata de espectáculos que, como ya hemos dicho, pueden motivar grandes negocios. Es de esperar, por lo tanto, que no tarde muchos años el cine en adquirir estos perfeccionamientos. Y, si antes imperase un nuevo régimen social más justo, no por ello se retrasaría el progreso técnico del cine. Entonces no se buscaría negocios, pero se buscaría arte y belleza en beneficio de todos.

Rudeza fundamental de la cinematografía

Ya hemos dado una idea del enorme perfeccionamiento de la cinematografía en muy pocos años y de lo que puede esperarse para un porvenir próximo. La cinematografía, con la perfección fotográfica y con el empleo de la célula fotoeléctrica en el cine sonoro, resulta algo verdaderamente sutil, todo delicadeza, muy distinto, por ejemplo, del aeroplano, en el que todo se alcanza a fuerza de centenares de caballos.

Y, sin embargo, en la cinematografía hay una tosquedad o rudeza fundamental.

Los primeros inventores que atacaron el problema de la cinematografía lo resolvieron de la manera más elemental. Se trataba de proyectar una tras otra las diferentes y su-

cesivas fotografías elementales y para ello las situaron materialmente fuertemente iluminadas frente al objetivo del aparato de proyección durante el tiempo que duraba ésta, y, luego, otra fotografía elemental sustituía en dicho lugar a la precedente, verificándose el cambio durante el tiempo de escamoteo en el que el obturador intercepta la luz. Y, como las fotografías elementales estaban una junto a otra a lo largo de una cinta de celuloide, todo se reducía a mover la cinta frente al objetivo, pero con movimientos sincopados, estando quieta durante el tiempo de proyección y corriendo bruscamente de un tirón justamente en la altura de una fotografía durante el tiempo de escamoteo.

Esto era, como quien dice, agarrar el rábano por las hojas, presentando los inconvenientes que vamos a señalar.

Como se proyectan 16 fotografías elementales cada segundo, cada dieciseisavo de segundo, tiempo correspondiente a cada fotografía, tiene que quedar descompuesto en dos partes: una, que comprende casi la totalidad de dicho tiempo y que corresponde a la proyección, y otra, cortísima, durante la cual se corre la cinta y se verifica el escamoteo. Este tiempo correspondiente al escamoteo viene a ser de un 15 por 100 del dieciseisavo de segundo, durando así cada proyección 0'0531 segundos y verificándose el escamoteo en 0'009374 segundos. Esto quiere decir que cada fotografía elemental se proyecta de un modo fijo, permaneciendo quieta, durante un poco más de media décima de segundo y la operación de pasar de una a otra dura poco menos de una centésima de segundo.

De manera que la cinta se mueve con un movimiento sincopado mediante unos tirones bruscos rapidísimos y, para ello, es arrastrada por los dientes o tetoncillos de los rodillos de arrastre, que se mueven con el movimiento oportuno, penetrando dichos tetoncillos en las perforaciones que lleva la cinta en sus bordes.

La cinta obra así como una pieza del mecanismo sujeta a esfuerzos muy bruscos, con lo que se deteriora rapidísimamente, pero además, como no tiene rigidez alguna transversal por ser muy delgada, los tetones no pueden entrar justos en las perforaciones, sino que ha de haber forzosamente un gran juego y así, cada fotografía elemental no quedará justamente en el lugar que debe ocupar frente al objetivo, sino en dicho lugar y corrida hacia arriba o hacia abajo en el valor de dicho juego.

Y, como la ampliación en la pantalla, que es de varios metros y, en general, 200 ó 400 veces mayor que las fotografías elementales, lo amplifica todo en dicha proporción, ese juego, con que sea sólo de un cuarto de milímetro, representa en la pantalla un desplazamiento de la imagen para arriba o para abajo de 5 a 10 centímetros, de donde procede el *bailoteo* de las imágenes en la pantalla, inevitable con este sistema de proyección.

Solución de este problema

La solución consiste, evidentemente, en hacer que la cinta no sea un órgano activo del mecanismo, moviéndose con movimiento uniforme y logrando que los movimientos bruscos que sean indispensables los soporten piezas metálicas adecuadas.

Para no alargar demasiado este artículo, no nombraremos a los numerosos inventores que han intentado inútilmente resolver este problema, el último de los cuales es precisamente el mismo autor.

Si un punto se refleja en un espejo, distan de él exactamente lo mismo dicho punto y la imagen reflejada.

Así, si el punto se acerca o se aleja del espejo, la imagen reflejada se acerca o se aleja del espejo en igual cantidad, o sea que la imagen se mueve en sentido contrario que el punto y con igual velocidad.

Si, permaneciendo quieto el punto, se le acerca o se le aleja el espejo, por ejemplo, en un centímetro, como la imagen dista siempre del espejo lo mismo que el punto, dicha imagen, después del movimiento del espejo, distará del punto fijo dos centímetros menos o más, puesto que la distancia del punto al espejo ha variado en un centímetro y la distancia del punto a la imagen es el doble de la distancia del punto al espejo. Quiere esto decir que cuando se mueve el espejo permaneciendo fijo el punto reflejado, la imagen de éste se mueve en el mismo sentido que el espejo pero en velocidad doble.

Luego si un punto se mueve en dirección perpendicular a un espejo y éste se mueve al mismo tiempo con la misma dirección e idéntico sentido, pero con velocidad mitad que el punto, la imagen de éste reflejada en el espejo quedará fija en el espacio como si no se moviera ni el punto ni el espejo.

Así, si una película cinematográfica se mueve con movimiento uniforme y se refleja en un espejo que se mueve en el mismo sentido y con velocidad mitad, la imagen de la

película reflejada permanecerá quieta y podrá ser recogida por el objetivo para proyectarla en la pantalla.

Este es el fundamento de la solución encontrada por el autor, pero luego ha sido indispensable resolver incontables pequeños problemas. Para ello tuvo el honor de contar, durante su estancia en Madrid, con la colaboración del gran inventor español don Leonardo Torres Quevedo.

Por fin venció todas las dificultades e hizo un proyecto completo con planos de ejecución, calculando la resistencia de todas las piezas, y sintió la íntima satisfacción de haber dado cima a una empresa y de haber creado algo nuevo... y descansó.

¿Intentar lanzar el invento al mercado, patentarlo, vender la patente, o fundar una empresa para la fabricación? ¡Ni soñarlo! No tengo alma ni corazón de comerciante ni de industrial, y no es que me sobren, precisamente por ello, las pesetas.

Este invento espera pacientemente, con otros que también tengo casi ultimados, que triunfe un nuevo régimen en el que la humanidad persiga el bien general, la belleza y la perfección, sin que sea el afán de lucro el motor universal de toda economía.

NOTA.—He recibido la visita de Juan García Pórreres, que también ha visitado la Redacción de ESTUDIOS en Valencia, y con quien previamente habíamos cambiado algunas cartas.

Se trata de un hombre modestísimo, pero lleno, a pesar de su avanzada edad, de inquietudes espirituales, que sostiene una nueva hipótesis astronómica completamente revolucionaria sin haber logrado que la ciencia oficial y dogmática le preste atención ni le escuche.

Y ha acudido a ESTUDIOS solicitando exclusivamente eso: que se le permita dar a conocer sus razonamientos, que se le ponga en comunicación con el público culto y libre de prejuicios.

Naturalmente, dado nuestro modo de ser, el de nuestra Revista y el de la mayoría de nuestros lectores, encontrará en estas columnas lo que busca: una tribuna desde la cual poder hablar y hacerse oír.

Cuando un hombre desinteresado y noblemente desea exponer lo que él cree una verdad, debe dársele todo género de posibilidades para que lo haga y debe ser escuchado.

En ESTUDIOS dará a conocer su nueva hipótesis astronómica y estamos seguros de que nuestros lectores la acogerán con atención.

Nosotros nos inhibimos en su pleito contra la ciencia oficial. Nos abstendremos de actuar de jueces, que los lectores capacitados juzguen, cada uno para sí, y, si alguno lo desea, que le conteste.

Así es que no daremos nuestra opinión sobre su nueva hipótesis y nos limitaremos a presentar al lector su personalidad, que es verdaderamente interesante.

Nos abstenemos, pues, de manifestar si creemos en

El zafarrancho de la muerte

Gastón Leval



TRAVIESA etapas opuestas de angustia y esperanza quien sigue atentamente la evolución de la política internacional, especialmente en cuanto al armamentismo y las posibilidades de guerra.

La trayectoria belicosa sigue avanzando. Pero a veces se producen al margen ciertos acontecimientos de distinto significado.

Pactos, tratados, conversaciones, declaraciones gubernamentales, diplomáticas e internacionales, que son promesas verbales de posibilidades mejores. Y también, como supremo recurso contra el pesimismo, abrigamos la ilusión, perfectamente lógica, de que los hombres que tienen en sus manos el destino, la vida y la muerte de los pueblos, gracias a la monstruosa máquina del Estado moderno, comprenden que una nueva guerra, infinitamente más cruel, mortífera y destructora que la de 1914-1918, de cuyas heridas el mundo necesita decenios y decenios para curarse totalmente, implicaría la destrucción de todo y de todos, y que el orden que les beneficia caería irremisiblemente, con sus propias vidas y las vidas de los suyos, sea por el aniquilamiento general, sea por la ira desatada de los sobrevivientes.

Así, las últimas conversaciones diplomáticas, los tratados firmados, habían despertado en nosotros una nueva esperanza en cuanto a la paz europea. La devolución del Sarre a Alemania era otro aporte al espíritu de paz. Ciertamente mientras tanto el armamentismo seguía disputando sus carreras infernales; cierto que Inglaterra habríase inscrito decididamente entre los competidores; cierto que el pacto italofrancés, no sólo sacrificaba la independencia de Etiopía y referendaba la esclavitud y el drama de Austria, la esclavitud y el drama de Hungría, y todos los devaneos del Tratado de Versalles, de Trianón y otros en que los ex aliados echaron en la balanza la espada de Breno.

Pero tal vez, pensábamos, comprenden todos que su interés no está en la guerra, tal vez se sigue aumentando

él o lo juzgamos un equivocado, pero hasta en este último caso, aconsejaríamos a ESTUDIOS darle una buena acogida de acuerdo con nuestra ideología. En nuestros medios no se le teme a la discusión y a la luz y todo lo oficial y consagrado merece nuestro mayor desprecio.

Además que, para el lector inteligente, una equivocación también enseña.

Esperamos, pues, las notas que Juan García Porres ha ofrecido enviarnos para servirselas al lector aderezadas con algunas consideraciones sobre la personalidad de su autor.

el poder de los ejércitos y de las flotas aéreas y navales por trayectoria adquirida, mientras es voluntad consciente imponer la inactividad a las fuerzas de destrucción acumuladas. Y se nos ocurrió a veces que el vaticinio fúnebre y de horror de nuestro libro *El mundo hacia el abismo*, había sido excesivo y no se iba a cumplir.

Nuevo golpe, y tremendo esta vez, ahuyentó los colores claros del cielo de nuestro pensamiento. Simultáneamente la Cámara de diputados de Francia vota el servicio militar de dos años, e Hitler instaura el servicio militar obligatorio.

Es una señal inequívoca de zafarrancho de combate. En 1912 se votó en Francia la ley de tres años, a fin de aumentar los efectivos militares. Opositores de todas clases afirmaron que esto nos llevaba a la guerra. Siempre razonando en la misma forma, el mundo oficial nos contestaba que «un ejército poderoso es la mayor garantía de la paz». Vimos pronto los resultados. La historia se repite. Francia, vencedora, organizó un ejército poderoso, el más formidable que hayan visto los siglos, y se aseguró la cooperación de cuatro naciones aliadas. ¡Si quieres la paz, prepara la guerra! El dicho imbécil estaba cumplidamente realizado.

Pero esta misma fuerza, este mismo poderío militar, este mismo cinturón de fuego con que se rodeó a Alemania despertó en ella el deseo de armarse. No era posible mantener eternamente a una gran nación en ese estado de inferioridad, máxime cuando las consecuencias económicas de Versalles habían hecho del pauperismo un estado latente y general, del hambre la ley común. Las pasiones en favor de uno u otro bando, la estrecha, inmediata y superficial visión de las cosas podrá achacar al servilismo del pueblo alemán el rumbo tomado por los hombres ahora entronizados. La verdad es más compleja. Proclamada la República, los gobernantes socialistas y liberales se esforzaron sinceramente por conseguir una reconciliación internacional. Stressemann hizo esfuerzos desesperados, y fué el único verdadero europeo de todos los diplomáticos. La Alemania liberal y democrática, exhausta y desilusionada, vió formarse el cinturón de cañones, carros de asalto, buques de guerra, aviones de bombardeo, de ocho o nueve millones de combatientes armados contra ella.

Así vino la reacción. Proclamar a ese pueblo irremisiblemente servil y militarista es atentar al internacionalismo, justificando siempre guerras nuevas. Si lentamente la mayoría del pueblo alemán evolucionó del socialismo demócrata, que a pesar de todo representaba un espíritu no guerrero y no hablaba de rearme, al nacionalismo hitlerista, si hombres como Gerard Hauptmann y Keyserling —no hablamos de Spengler, fundamentalmente oportunista y reaccionario—, si incluso parte del electorado comunista se volcó hacia Hitler que

prometía también, no lo olvidemos, con la supresión del Tratado de Versalles, la nacionalización de la gran industria y otras grandes reformas sociales; el hambre obligada, la humillación internacional, el cerco siempre creciente de los ejércitos enemigos fueron las causas principales.

Cualquier país, cualquier patriota habría reaccionado en la misma forma.

Para no tomar ese rumbo, se imponía otro: el cambio de estructuración de la sociedad, que habría mejorado la situación económica de las masas laboriosas y que hubiera hecho frente al militarismo internacional con un espíritu nuevo, cuyo contagio en las masas laboriosas de los otros países habría orientado a los pueblos europeos hacia la reconciliación, por encima de sus gobernantes.

Pero si el marxismo tuvo, hasta 1872, una rama revolucionaria renacida en Rusia en 1917 al calor de la Revolución rusa, fué durante medio siglo esencialmente un factor de domesticación de las masas, un freno a sus ímpetus, una permanente traición revolucionaria. Así el socialismo marxista hizo del proletariado que Marx consideraba «científicamente» como el más apto para guiar a los obreros de Europa —regocijándose en sus cartas a Engels por la victoria de Bismark, que haría posible esa jefatura—, un vasto rebaño sin voluntad propia, sin iniciativa, sin facultad revolucionaria. Y de sus conductores un estado mayor de vividores.

Los socialistas parlamentarios tuvieron en el poder la posibilidad de emprender reformas fundamentales: no quisieron. El plan «científico» de Marx, que había sido antes el de Blanqui, de Barbés, de Louis Blanc, de Buonarroti y de Babeuf, fracasó por completo, como lo anunciaron siempre, con menos ciencia petulante pero con más sensatez, los socialistas libertarios.

Los jefes encumbrados, los obreros *parvenus*, los piojos resucitados se limitaron a gozar de sus dietas y después de sus pensiones. Si de algo se ocuparon, fué de aplastar despiadadamente las tentativas revolucionarias de los marxistas revolucionarios. El asesinato de Rosa Luxemburgo, de Karl Liebknecht coronó la táctica cuyo rechazo nos valió, durante cincuenta años, ser tildados en todos los tonos de traidores y agentes del capitalismo.

No se tomó ese rumbo. Y no se podía seguir así. Transformación social o sacudimiento del yugo de Versalles. La mentalidad y los hábitos de un pueblo no cambian con la rapidez de los acontecimientos inmediatos. El comunismo ganó terreno, pero la política oportunista de sus jefes, sus proposiciones de alianza a los fascistas «para luchar contra el imperialismo francés», como decía Clara Zetkin en su famoso discurso de apertura del Reichstag, sus vacilaciones para la acción colectiva, contribuyeron al triunfo hitleriano. Es falso pretender que no había en las masas liberales, socialistas y comunistas disposición para resistir. El Frente de Hierro y otras muchas organizaciones poderosas habrían sido creadas especialmente. Sus miembros se entrenaban con entusiasmo para la lucha, haciendo a veces a pie varios días de marcha para tomar parte en los desfiles y las demostraciones. Pero los jefes no dieron nunca la orden de ataque. Se luchó esporádica e individualmente. El grueso

de las tropas, amaestrado según la disciplina partidaria, esperó en vano las decisiones de arriba. El hitlerismo triunfó con todos sus horrores.



Hemos reseñado los hechos en su escueta y desnuda veracidad, porque de lo habido deben los hombres sacar experiencia, y porque es indispensable escudriñar, en la génesis de la guerra en ciernes, las causas directas y anexas, lo que determinó y favoreció el actual estado de cosas.

Volvamos a las causas directas.

«Si quieres la paz, prepara la guerra.» Este lema del vencedor acabó por contagiarse al vencido, cansado de esperar la justicia en la paz. Hitler consiguió concesiones sobre el rearme, que no habrían conquistado los liberales sobre el desarme. Era inevitable. Era inevitable que el día en que un Gobierno se planteara decididamente ante los vencedores, afrontando una situación de fuerza, impusiera su voluntad. Se reconoció a Alemania el derecho a rearmarse parcialmente, a acercarse a la igualdad tanto tiempo reclamada. Esto fué una victoria del hitlerismo, que realzó su prestigio ante los ojos del pueblo alemán. Las democracias capitalistas han contribuido a consolidar la posición del dictador.

«Si quieres la paz, prepara la guerra.» Con el mismo derecho que los militaristas franceses, ingleses y de todos los países, los militaristas alemanes aplican el estribillo. «Una nación sin ejército es un peligro para la paz, porque es una tentación para los otros», dijo Goering en uno de sus discursos. La misma lógica de todas partes. No hay país donde ésta no sea la palabra oficial, donde no se persiga como fieras a los hombres defensores del otro lema: «Prepara la paz, si la paz quieres.»

Ahora la competencia armamentista se acelerará a fondo. Astilleros, altos hornos, fábricas y talleres, todo funcionará para el máximo rendimiento. Los pueblos, ya aplastados por las cargas fiscales, pagarán impuestos nuevos. La militarización de la juventud, de la niñez y de las mujeres se proseguirá con mayor actividad. Los pactos internacionales serán confirmados. Ya el imperialismo francoinlés está unido con el fascismo italiano, que le traicionará cuando le convenga, y con el bolchevismo ruso, que recomendará a sus partidarios participar con los gobiernos aliados en la guerra... antiimperialista del Comité des Forges, o de la Wickers.

¿Son capaces los pueblos de reaccionar contra esa marcha hacia el abismo? Desgraciadamente, parece que no. La educación patrioter, nacionalista y militarista que le dan sistemáticamente los mismos tartufos que pretenden que el mundo se salvará con la educación; las campañas de la prensa vendida a todos los postores; la organización férrea de los gobiernos para impedir toda resistencia a la matanza, han hecho de ellos forzados matadores colectivos y forzadas víctimas.

Cada ciudadano patriota está convencido de que el vecino se prepara incesantemente para atacarle. En todos los países, los gobiernos, la escuela, los políticos, la prensa, trabajan incesantemente para hincar en los cerebros la obsesión de la inminente acometida extranjera.

Y cándidos, necios, estúpidos, los pueblos se dejan sugestionar. No hubo en la guerra pasada un soldado alemán que no creyera que Francia era responsable de

la guerra. No hubo un soldado francés que no creyera lo mismo de Alemania. Porque es característica de la actual etapa de la humanidad, que es preciso apelar a los sentimientos más nobles de los hombres para decidirles a matar. Es preciso decirles que deben defender a sus mujeres, a sus hijos, a sus padres, su hogar, la tierra de sus antepasados contra la invasión bestial. Fué preciso prometerles el desarme en 1914, hablarles de las hordas cosacas violadoras de mujeres, asesinas de niños, o de la antropofagia de los senegaleses. Los libros de guerra que tuvieron éxito inmenso fueron, sin excepción, libros antiguerreros; y si Alemania fué vencida ha sido, como hace observar Lloyd George en sus Memorias, porque el ejército alemán no tenía interés en permanecer en territorio extraño, mientras habrían continuado la guerra sin desfallecer si el teatro de la lucha hubiera sido su mismo país.

No; la conquista ni la matanza no son propios de la naturaleza humana, y Ramón y Cajal hacía literatura

barata u obsecuente hacia los poderosos cuando escribía que el hombre saboreaba el «tufillo a sangre», que, en realidad, le da náuseas. Literatura barata hacen, o encubrimiento de los criminales, todos los que sostienen tesis parecidas.

Servicio de dos años en Francia. Servicio militar obligatorio en Alemania. Mayores armamentos ingleses, belgas, yugoeslavos, italianos, polacos, checoslovacos, rumanos, rusos, españoles, estadounidenses, japoneses... Si la preparación de la próxima contienda ha costado al mundo tanto como la guerra pasada, sus devastaciones y sus consecuencias posteriores, ¿cuánto costará en adelante? Los presupuestos militares acaban de subir, después de una transitoria baja nominal. Subirán más. Con el armamentismo y los ejércitos.

El mundo parece presa de las garras de la muerte. ¡Si aun después, la población salvada supiera echar por la borda ideas y hombres, prejuicios e instituciones culpables de esa inconcebible monstruosidad!

A nuestros Corresponsales

La liquidación de los paquetes de ESTUDIOS por medio de reembolsos no supone, en modo alguno, desconfianza para nadie, sino una necesidad impuesta por la difícilísima situación en que han colocado a esta Revista las deudas de los paqueteros morosos.

Sirva ello de aclaración a todos nuestros corresponsales, aunque ya son la mayoría los que prefieren esta forma de liquidación por lo cómoda y económica, puesto que evita la molestia de ir a correos a efectuar el giro y los gastos del mismo.

Debe tenerse en cuenta, además, para evitar confusiones, que en los reembolsos liquidamos únicamente el importe de los paquetes de meses anteriores, quedando siempre para la liquidación siguiente el importe del paquete en que va el reembolso.

No obstante lo antedicho, si algún corresponsal no quiere liquidar a reembolso, deberá remitir el dinero antes del día 20 de cada mes, por giro postal. Nos es absolutamente imprescindible el pago de los paquetes mensualmente, porque hemos de pagar con toda puntualidad a la imprenta, a los dibujantes, al fotograbador, a los colaboradores, el papel, etc., y como carecemos de capital, necesitamos que se nos liquide con toda regularidad. Es necesario, pues, que nos impongamos todos, por la vida de ESTUDIOS, esta obligación ineludible.



ISADORA DUNCAN

Danzarina norteamericana contemporánea, creadora de un tipo de danza espontánea y de libre creación de efectos rítmicos, que rompió el canon clásico y dogmático para el desarrollo del arte rítmico. Fué de carácter humano y abnegado. Repudiaba las conveniencias y prejuicios sociales, y en numerosas ocasiones perdió valiosísimos contratos de los empresarios —que se disputaban su trabajo— por bailar gratuitamente en reuniones y fiestas de las gentes humildes. Su vida fué desgraciada. Murió en un trágico accidente de automóvil, en Niza, el 14 de septiembre de 1927.

vida al más implacable enemigo de los protestantes, el cual hizo que se le concediera además el título de *inventor de las figurillas rústicas del rey*. Al año siguiente fué a establecerse a París, y Catalina de Médicis le dió un terreno para su taller en una parte del solar que ocupa actualmente el palacio de las Tullerías. Los trabajos que ejecutó para ella le libraron, sin duda, de las matanzas católicas de la noche de San Bartolomé. Según una tradición, que no está apoyada en ningún documento positivo, parece que estuvo oculto con Ambrosio Paré, por orden del rey, en el recinto mismo de palacio.

El noble anciano había atravesado las luchas encarnizadas de su tiempo; contemporáneo de todos los grandes acontecimientos de aquella edad de hierro, parecía olvidado en medio de las proscripciones que habían segado en flor tantas vidas de pensadores y de héroes; llegado al ocaso de la vida, esperaba la hora suprema con la calma de las almas fuertes y de las conciencias puras; pero en medio de las saturnales de la Liga, el fanatismo religioso de los perseguidores se dió cuenta de que había dejado sin extinguir aquella gloria y sin castigar aquella virtud, y por orden de los Diez y Seis, Bernardo Palissy, cuando contaba cerca de noventa años, fué arrancado de su hogar y encerrado en un calabozo de la Bastilla.

Para que se vea la resistencia de aquel hombre, debilitado por la edad y por el trabajo, léase lo que dice de él un contemporáneo, D'Auvigné, en su *Historia Universal*:

«Mateo de Launay, ex ministro y a la sazón uno de los Diez y Seis, quería que se llevase al espectáculo público (al suplicio) al anciano Bernardo, primer inventor de la excelente vajilla; pero el duque de Mayenne hizo prolongar su proceso para que la edad y el calabozo le mataran.

Aun no puedo dejar este personaje sin decir que el rey (Enrique III), habiéndole visitado en su prisión, le dijo: «Mi buen hombre, si no cambiáis de religión, me veo obligado a dejaros en manos de mis enemigos. Hace cuarenta y cinco años que estáis al servicio de la reina mi madre y de mí, hemos tolerado que vivieseis en vuestra religión entre los fuegos y los asesinatos. Ahora, de tal modo me veo forzado por los de Guisa y mi pueblo, que me ha sido preciso dejaros encarcelar. Mañana seréis quemado si no os convertís.»

«Señor —respondió Bernardo—, ni los Guisas, ni todo vuestro pueblo, ni vos, podéis obligar a un cacharrero a doblar la rodilla delante de unas estatuas, porque *yo sé morir.*»

¿Habría leído a Séneca aquel glorioso iletrado, aquel artesano

sublime? ¿Conocía el *qui mori scit, cogi necit*, cuando mostraba así por su varonil constancia que el que sabe morir no puede jamás ser forzado en su honor, ni en su conciencia, ni en su ser?

Murió, en efecto, poco tiempo después, en el calabozo infecto donde se le había encerrado.

¡Qué vida tan gloriosa! ¡Qué genio tan grandioso! ¡Qué muerte tan bella!

Después de tres siglos de olvido, la posteridad ha saludado su nombre con un largo grito de entusiasmo y admiración: los hombres más famosos de la ciencia han proclamado sus descubrimientos, y ha entrado al fin en el panteón de la gloria; pero sobre todo lo que se glorifica en él es el artista y el sabio. Sin embargo, es de presumir que no se ha descubierto toda la belleza de aquel carácter, del cual sólo hemos podido indicar algunos rasgos. Tal es el lado más admirable de aquella naturaleza tan completa y tan variada: sus trabajos, sus obras y sus enseñanzas no son sino el reflejo y como la consecuencia. Perdonaremos a los artistas que han de labrar la estatua de Bernardo Palissy que olviden los emblemas, que recuerden sus obras y sus descubrimientos; pero en nombre de la conciencia humana y para eterna enseñanza de las generaciones les pedimos que escriban sobre su pedestal esta sencilla y heroica leyenda, última manifestación de una vida que Plutarco hubiera grabado sobre sus hojas de acero: *¡Yo sé morir!*

Porque bello es el arte, elevado es el genio, grande es la ciencia, noble es el trabajo; pero bello, elevado, grande y noble en sumo grado es el heroísmo que sabe arrostrar la muerte sin doblegarse ante las exigencias del error entronizado y poderoso.





Ernest Geosse

EN los grados inferiores de la civilización, la música va siempre unida a la danza y a la poesía. Las tribus primitivas, ni más ni menos que las civilizadas, no conocen danza sin acompañamiento musical. «No cantan nunca sin bailar, y recíprocamente», dice Ehrenreich de los botocudos; y a esto es debido que sólo posean una palabra para expresar ambos actos. Los esquimales acompañan sus danzas de cantos y redobles de tambor; la música, sin embargo, desempeña un papel esencial. Por este motivo llámase la casa en que se baila no la casa de baile, sino la casa de canto. Del mismo modo, las grandes fiestas danzantes de los mincopíes pueden considerarse fiestas musicales.

«Para prepararlas, se ejercitan, sobre todo, en los solos y coros que deben acompañar las danzas.» En Australia, las mujeres de una tribu componen la orquesta del corrobori, y el bosquimano que baila regula sus movimientos por los címbalos y el canto de los espectadores. Los dramas y las pantomimas primitivas tienen igual acompañamiento que las danzas mímicas de donde han surgido dichos dramas y pantomimas. Durante un espectáculo australiano, por ejemplo, el jefe can-

taba un texto explicativo de las diversas escenas ; las mujeres que le acompañaban repetían en coro el estribillo y marcaban con bastones el compás sobre pieles de opossum. El arte lírico primitivo es un arte cantado. Las palabras de un canto australiano, mincopié o hiperbóreo, van siempre acompañadas por un aire, o, más bien, las palabras acompañan siempre un aire, pues éste es de tal modo especial, que se llega a trastocar y aun desfigurar el sentido de dichas palabras. Las mismas poesías épicas no siempre se recitan simplemente ; a menudo se pronuncian bajo forma de recitado musical. La danza, la poesía y la música forman, pues, aquí una unidad natural que sólo puede descomponerse artificialmente. Si quieren comprenderse y estimarse en su justo valor las condiciones y los efectos de cada una de estas tres artes primitivas, es preciso no olvidar nunca que no empiezan jamás aisladas, sino estrechamente unidas siempre.

Se nos dice por otra parte que, por su naturaleza, la música es por completo independiente de la poesía y de la danza ; que es un arte distinto cuyos medios y efectos no es posible comparar con los de otras artes. Nadie mejor que Schopenhauer lo ha demostrado. «La música es en absoluto independiente del mundo como fenómeno ; lo ignora, sencillamente ; podría existir en un sentido, aun cuando el mundo careciese de vida, cosa que no puede decirse de las demás artes.» Estas sacan sus modelos y sus motivos del mundo de los fenómenos y de la Naturaleza : son las artes imitativas, plásticas. La música, por lo contrario, no imita nada, cuando menos en sus obras más puras ; crea, como dice Gurney, formas auditivas, series y combinaciones de motivos que no tienen ningún modelo natural. Impugna esta concepción ctra que ve en la música una imitación de la Naturaleza ; esta segunda concepción no sólo es más antigua, sino que, en nuestra opinión, goza de más predicamento. La encontramos ya bajo la forma más sencilla y más clara en el abate Dubos. «Del mismo modo —dice— que un pintor imita los colores y las formas de la Naturaleza, el músico imita los sonidos, los acentos, los suspiros, las modulaciones de la voz ; en una palabra, todos los sonidos por medio de los cuales la Naturaleza expresa sentimientos y pasiones.» Luego, esta teoría ha sufrido varias transformaciones, sin variar, no obstante, en su esencia. En nuestros días, Herbert Spencer la ha hecho suya y ha tratado de fundarla más seriamente y desarrollarla en favor de su filosofía evolucionista. Edmundo Gurney, en su excelente obra *The Power of Sound*, ha condensado en pocas palabras los puntos esenciales sobre los cuales funda Spencer su teoría : «Spencer pretende «que la música tiene su origen

esencial en las cadencias del discurso apasionado, y que, por su parte, ha obrado en el discurso haciendo estas cadencias más variadas, más complicadas y expresivas». Funda esta hipótesis en la idea de que las modulaciones de la voz que indican un cambio de estado de alma, son exactamente las mismas que las que distinguen el canto de la palabra ordinaria, es decir, la fuerza de la voz, la calidad o el timbre, la separación del nivel medio de la voz, la extensión de los intervalos y el cambio extraordinariamente rápido. Opina, pues, que el canto es resultado de la expresión y del fortalecimiento de estas propiedades. Así, Spencer pretende que el canto y, por consiguiente, toda la música, sólo es una imitación más característica y más desarrollada de la palabra emocionada; es decir, que en el fondo se halla conforme con Dubos. Con toda evidencia, esta teoría del origen de la música es incompatible con la primera concepción de su carácter particular. Los partidarios de éste hacen remontar el origen de la música a un germen primitivo; en otros términos, están convencidos de que muchas veces producen grandes efectos las más pequeñas causas.»

Como se comprende, la solución de este problema tiene particular importancia para el estudio de la música primitiva. Si nos colocamos en el punto de vista de Spencer, es evidente que la música primitiva se halla muy cerca de la palabra apasionada. Pero si, por otra parte, la música es realmente distinta como origen de la palabra emocionada, la victoria corresponderá a la otra teoría.

Como en todo arte, puede establecerse en música una distinción entre la sustancia y la forma. La sustancia de la música es el sonido; las formas que revisten estos sonidos se hallan dominadas por dos principios distintos igualmente indispensables para producir el efecto musical: el principio del ritmo y el de la armonía. El ritmo proviene de la repetición a intervalos regulares de un sonido o de un pequeño grupo de sonidos. La armonía se produce porque los sonidos de cierta elevación guardan con otros de elevación diferente relación determinada y perceptible. El ritmo clasifica los sonidos cuantitativamente y la armonía cualitativamente. Unidos, el ritmo y la armonía constituyen la melodía.

El primer instrumento musical del hombre fué, sin duda, su propia voz. En el grado inferior de la civilización, la música vocal supera en mucho a la instrumental. Es tarea fácil reunir una larga serie de cantos de tribus primitivas y suministrar ejemplos de ello; pero es difícilísimo adquirir por este medio una idea del carácter del canto primitivo. Las notaciones europeas de melodías primitivas están suje-

tas a canción, porque nuestra gama corresponde tan poco a la de los pueblos cazadores, que nos es imposible anotar exactamente el carácter original de su música. Los juicios que los europeos forman, en general, del valor estético de esos cantos, no tienen mucha importancia, por la simple razón de que es indiferente saber de qué manera una música primitiva destinada a oídos primitivos afecta el oído de un europeo. Sólo escogeremos relaciones que suministren datos lo más precisos posible.

Si hemos de dar crédito al juicio del príncipe de Wied, el canto de los botocudos es el más grosero que pueda oírse. «El canto de los hombres se parece a un rugido inarticulado, que oscila entre dos o tres sonidos, ora agudos, ora graves. Respiran hondo, colocan el brazo izquierdo sobre la cabeza, algunas veces un dedo en cada oreja, sobre todo si hay público que les observa, y abren, hasta el punto de desgarrársela, la boca deformada por el botok. Las mujeres cantan menos alto y no tan desagradablemente. Asimismo se oyen pocos sonidos que se repitan continuamente.»

Los mincopíes no valen mucho más en este concepto. Man ha encontrado melodías en extremo cortas repetidas indefinidamente por los coros y, a la larga, muy monótonas. Publica una, comunicada por el doctor Brander, que sólo se compone de tres notas. Por lo demás, es muy dudoso que esta notación europea dé exacta idea de la melodía andamane. Un amigo de Man hizo sufrir un examen a cinco mujeres, siete hombres y tres muchachos. El resultado fué «que los indígenas no tenían la menor idea de una elevación determinada de sonido». Les era imposible subir o bajar la gama, hasta en el caso de haber logrado emitir la nota dada por un europeo. En cambio, la mayoría de los mincopíes poseen un sentido desarrollado del ritmo, que observan siempre con fidelidad.

Los australianos demuestran también señalada preferencia por el ritmo. «Los indígenas —dice Lumholtz de los queenslandeses— son menos sensibles a la melodía que al compás, y, sin embargo, he oído a algunas de mis gentes cantar numerosas canciones en extremo melodiosas. Mis canciones no les gustaban del todo; había una que encontraban muy linda, mucho más cuando se la cantaba marcando bien el compás.»

Lo que Gerland dice de los cantos australianos confirma las descripciones que acabamos de dar. Cantan mucho y no del todo mal. En gran parte, sus melodías resultan sostenidas, serias, tristes a menudo. También solían cantar canciones extranjeras, pero no les gustaba

la música europea, que no encontraban bonita y se burlaban de ella con frecuencia.

En todas partes se observa el compás, que es casi siempre rápido, conforme dice Beckler. Pero todo lo que este autor afirma de las melodías australianas, las cuales le comunicó un alemán que las sabía de memoria, y todo lo que dice del acorde puro y «sin tacha» de las voces y de la entrada «exactísima» a la octava por las mujeres y los niños, del árbol incendiado que iluminaba el campamento y del canto funerario que entonaban los indígenas, todo esto nos parece demasiado bello y bastante romántico. Una de las melodías que va cromáticamente de *sol* 6 a *re* 7, a compás de 3/4, y en seguida de *re* 7 a *si* 6, la registró en verdad sin crítica alguna. Todavía somos más escépticos respecto a los cantos funerarios en *mi* menor y del corrobóri en *do* mayor; ambas notas tienen un carácter europeo e indudablemente se han transformado al pasar por el espíritu de Beckler.

Freycinet publica igualmente algunas melodías de la Nueva Holanda, aunque parece haber sacrificado su originalidad a nuestro sistema de notación y a nuestro compás. Por lo demás, sus notaciones concuerdan siempre con las de Beckler y también entre sí, ya que ponen de manifiesto un descenso continuo de los tonos, casi siempre de *fa* 7 a *fa* 6; también se observa en ellas el empleo frecuente de segundas y de frases cromáticas; uno de sus aires consiste en gamas cromáticas de *re* 7 a *re* 6.

Las inexactitudes de sus notaciones consisten en la observación inexacta de los semitonos y en sustituciones, con particularidades europeas, de las particularidades indígenas. Lo que ha señalado como intervalos cromáticos sólo son, evidentemente, cuartos de tono, nada más que una vacilación momentánea que el ejecutor probablemente no consideró nunca como tonos verdaderos. El carácter fundamental de esta música consiste evidentemente en que se establece un tono o un intervalo (segundo) determinados, y de ahí la voz desciende gradualmente cosa de una octava. Podría, pues, caracterizarse el aire entero como un descenso intencionado, gradual, de la voz a partir de un tono cualquiera, descenso acompañado de variaciones rítmicas. Se encuentran muchos tresillos en Beckler y en Freycinet. Brown está de acuerdo con ellos, cuando dice: «Al comenzar, su voz es fuerte, pero desciende en seguida, llegando hasta el *pianissimo*.»

«Su palabra se convierte, por lo demás, en todas las ocasiones solemnes, en una especie de recitativo; cualquier sensación algo violenta parece que les induce a cantar.»

La música de los esquimales parece que es, a poca diferencia, de la misma naturaleza. En sus cortas melodías, el ritmo supera igualmente a la armonía. El número de sus notas es bastante limitado y no observan exactamente los intervalos. Boas ha anotado un número considerable de especímenes ; sin embargo, él mismo confiesa que la adaptación que hizo a nuestra notación musical de aquellas melodías es «bastante arbitraria». También ha tratado de dividir las melodías esquimales en dos grupos, que corresponderían a nuestros modos. En nuestra opinión, sus tentativas demuestran solamente que todos nuestros esfuerzos en esta materia son muy deficientes.

De todos los pueblos que nos ocupan, los bosquimanos son ciertamente los que poseen mayor talento musical. «El bosquimano está dotado de una intuición musical particular —dice Teófilo Hahn— ; retiene las melodías rápida y exactamente. Mi padre era misionero entre los hotentotes namaqua. Trataba de plantar té en Aus, frente a Angra Pequeña ; los bosquimanos de esta localidad le ayudaban en sus trabajos y gozaban extraordinariamente cuando, por la tarde, mi padre entonaba en su presencia cánticos, acompañándose con el acordeón. Con gran admiración suya, los bosquimanos cantaban al cabo de algunos días los cánticos cuyo texto holandés les era, sin embargo, incomprendible.»

A Lichtenstein debemos los informes más exactos sobre la música de los bosquimanos. Citemos sus palabras, aunque no se refieran exclusivamente al canto. «Poco a poco nos fuimos acostumbrando a los sonidos monótonos de la música bosquimana ; tanto es así, que en vez de privarnos el sueño como al principio, más bien nos arrullaban. Oída de algo lejos, no es de ningún modo desagradable, sino más bien quejumbrosa y calmante. Aunque esta música no contiene más de seis sonidos, que no forman parte de nuestra gama, pero sí intervalos diferentes de los nuestros, estos sonidos, el ritmo inacostumbrado, la rareza y aun diré lo salvaje de aquella melodía, le prestan un encanto particular. Me atrevo a emplear el término de «elevación», porque, aunque sus intervalos no son idénticos a los nuestros, no dejan de ser, sin embargo, bastante regulares y lo suficientemente fáciles de recoger para agrandar al oído. Entre las tónicas y la octava sólo hay tres intervalos : el primero se halla algo debajo de nuestra tercera mayor ; el segundo se encuentra entre las quintas mayor y menor, y el tercero, entre la sexta mayor y séptima menor ; creeríase oír una modulación con acorde de séptima disminuída, pero cada tono se eleva por relación con el tono fundamental ; el oído no siente con tanta fuerza la necesi-



SIGNOS DEL ZODIACO

CANCER (cangrejo)

Constelación en el hemisferio boreal. Platón y los caldeos suponían en este lugar del cielo la puerta oscura por donde pasaban las almas al encarnar. Desde muy antiguo se dibuja en el atlas un cangrejo o una langosta, pero sin que se haya podido justificar, de un modo definitivo, el porqué de estas representaciones. Los chinos dieron al conglomerado de estrellas de esta constelación, llamada *El pesebre*, la denominación de montón de cadáveres. Los egipcios colocaron en esta región del cielo una langosta, símbolo, para ellos, de la muerte, siendo ésta la explicación más aceptable del origen del nombre. Hace unos dos mil años brillaba el Sol en la constelación de Cáncer al tiempo del solsticio de Verano.

Un nuevo Prometeo

Tántalo musical

Carlos Brandt

Nadie ha pagado tan caro la gloria como Beethoven.

ALEXANDER OULIVITCHEFF



ENTRE los años de 1796 y 1800, Beethoven comenzó a perder las facultades del oído. Semejante al náufrago que, en el empeño de sacar lo más posible el cuerpo fuera del agua, lo que hace es hundirse con más violencia, asimismo, Beethoven, horrorizado del —especialmente para un músico profesional— tan tremendo mal, no bien comenzó a sentirlo, se apresuró a emplear cuantos tratamientos y aparatos para curar la sordera le prescribieran sus médicos, quienes «de ese modo precipitaron la incurabilidad del mal», como él mismo, más tarde, tuvo que reconocerlo. El mal terminó así, en la más completa sordera, cuya causa es un misterio. Algunos opinan que fué heredada, porque su madre murió tuberculosa; opinión que, en mi concepto, nada explica. Otros, con mejor criterio, opinan que esa sordera se la produjo una caída que se dió, o que fué acaso a consecuencia de una fiebre que tuvo. Finalmente, no faltaron quienes, para complacer a los enemigos y envidiosos del compositor, atribuyeron a esa sordera origen sífilítico... «Si en la actualidad —dice Schauffler— los médicos más eminentes, con los más modernos conocimientos y aparatos, confiesan que se equivocan dos veces de cada tres diagnósticos que hacen, ¿qué esperar del diagnóstico que se le haga hoy a un paciente muerto hace más de un siglo?» El mundo jamás llegará a saber cuál fué la causa de la sordera de Beethoven; pero lo que sí se sabe es que para el compositor fué el más cruel de todos los males imaginables...

Los martirios de este sordo han debido ser múltiples, viviendo en «la odiosa Viena», donde no faltaban envidiosos y gentes frívolas que se complacían en sembrar rivalidades entre los músicos. «¿Cómo no se burlarán de mí el día en que se llegue a saber que yo soy un músico sordo?», ha debido preguntarse el an-

gustiado compositor. Una idea aproximada de su inquietud nos la podemos formar con el siguiente párrafo de una carta que le escribió a su amigo Amenta: «Sé que eres persona digna de confianza —le dice— y, por lo tanto, muy distinto de estos amigos vieneses. No; tú eres uno de esos hombres como solamente mi patria los sabe producir. Por eso te voy a confiar un secreto... ¡Cuántas veces desearía tenerte a mi lado, pues tu Beethoven es sumamente desgraciado! Piensa que la parte más noble de mi naturaleza y más indispensable para mi profesión, mis oídos, se debilitan cada día más!... ¡Qué vida tan triste la mía! ¡Mis mejores años se han pasado sin que yo haya dado al mundo lo que tengo que darle!... Por Dios, no reveles a nadie la causa de mi aflicción; no le digas a nadie que soy sordo; no le confíes este secreto a ninguna persona, sea quien fuere...» ¡El infeliz sordo estaba obligado a ocultar su sordera para no desgraciar su carrera y su reputación de músico! Considerando el carácter sociable y locuaz de Beethoven, ya podremos imaginarnos lo que significaba ese destierro espiritual para este artista. Refiere Schuppanzigh haber sorprendido una vez al maestro en el momento en que éste, para cerciorarse de si ya no oía absolutamente nada, golpeaba con fuerza el sacabotas contra una pared; mas, en vano. Ya el mundo de los sonidos había cerrado herméticamente sus puertas al divinizador de los sonidos...

Músico incapacitado para oír sus propias composiciones; artista inválido del sentido más indispensable para su arte, la tragedia de este Tántalo musical no ha podido ser más espantosa. Para conocer la música de otros compositores, tenía él que leerla cual si leyera en un libro, porque tocarla, sería inútil para este sordo... Fué así, leyéndola, que pudo conocer las pocas obras de Schubert que conoció, pues para la época en que este último dió al mundo los mejores frutos de su ingenio, ya el sentido auditivo de Beethoven había desaparecido por completo. Condenado a las eternas tinieblas del más absoluto silen-

cio, los martirios del Gran Sordo han debido ser múltiples, ya que no solamente las ajenas, pero ni aun siquiera sus propias composiciones le era dado oírlas. Refiriéndose a la patética *Cavatina* del *Cuarteto Scherzoso* (Op. 130) exclamó una vez el angustiado compositor: «Esta *Cavatina* es una de mis obras que más me han enternecido; su solo recuerdo me ha costado lágrimas...» Pensad por un momento en el martirio de este sordo derramando lágrimas porque no podía oír sus propias composiciones maravillosas... Una vez le envían de Londres un magnífico piano, regalo de los fabricantes, y el maestro, sin saber que no estaba templado, se puso a tocar en él, y dice el poeta Rallstab, quien se hallaba allí presente, que «nada he visto más desgarrador que oír aquellas disonancias que el más grande de los músicos estaba produciendo, sin siquiera saberlo... No sólo espiritual, sino materialmente, su sordera le causó grandes angustias, pues ¿quién iba a encargar a un sordo para que organizara una orquesta? Su sordera le obligaba a recurrir a muchos subterfugios. Hubo veces en que, como lo refiere el pianista Thalberg, al dirigir un concierto, para poder llevar el compás, Beethoven miraba de soslayo el movimiento del arco del primer violín, quien de ese modo venía a ser, aunque sin saberlo, el verdadero director de la orquesta... ¿Podrá darse algo más ridículo a la vista, ni más patético a la imaginación que esta cómica actitud que el maestro se veía obligado a asumir? Con mucho acierto observa Lawrence F. Abbott, que «la ceguera de Milton no fué nunca una calamidad tan grande para un hombre de genio, como la sordera de Beethoven»...

Como se comprenderá, el músico no pudo ocultar por mucho tiempo su sordera, y, contrario a lo que él se imaginaba, la divulgación de su mal, lejos de disminuirle, le aumentaba su reputación de músico, pues las gentes se decían que si siendo sordo era tan buen músico, ¿qué tal sería si pudiera oír?... Esta opinión podría satisfacer su vanidad de artista, pero no servía ciertamente para compensar la agonía de un músico incapacitado para oír su propia música...

Convencido de que las palabras no alcanzan a expresar lo que las notas expresan, Beethoven le participó al príncipe Lichnowsky la tragedia de su sordera con estas no-

tas: *mi, do, do, si, si, la (allein, allein, allein)*. Pero, según Romain Rolland, al mundo en general le participó el compositor su trágica condición con el *largo e mesto* de su sonata Op. 10, núm. 2, la música más desoladora que se pueda imaginar. El maestro compuso mucha música sentimental, pero su sentimentalismo, como la elegía griega, nos eleva por encima de los sentimientos, para colocarnos en el plano de aquella serenidad olímpica de donde se divisa la eternidad: es la tragedia de Sófocles. Pero esta sonata Op. 10, núm. 3, es la tragedia shakespeariana. «Oír ese *largo e mesto* es lo mismo que levantarle la losa a un sepulcro», exclama el crítico Marx. En pocas ocasiones expresó Beethoven una tristeza tan desoladora como en dicho *largo e mesto*.

En castigo de haber arrancado al cielo el fuego para revelar su secreto al mundo, Prometeo fué condenado a vivir atado a una roca, mientras un buitre le devoraba las entrañas. También Beethoven, cual nuevo Prometeo, fué condenado a estar eternamente atado a esa otra roca, el eterno silencio, en castigo de «haber revelado al mundo los encantos que ataban el alma oculta de la armonía»... Así como Homero, el más grande de los poetas, era ciego, Beethoven, el más grande de los músicos, era sordo, habiendo incuestionablemente mayor ironía en esto último, que en lo primero... Imaginaos a Miguel Angel, completamente ciego, y destinado a crear para la Capilla Sixtina magníficas obras pictóricas que él mismo no pudiera ver, y empleando para el efecto colores que tampoco pudiera ver, pero que no por ello dejaba de combinar con admirable habilidad para poder dar los tonos precisos y producir los efectos deseados, y tendréis una idea aproximada de la aflicción de Beethoven, condenado a no poder oír sus propias maravillas...

Las obras que más fama le dieron, las compuso ese genio en sus últimos días, esto es, cuando ya había perdido por completo la facultad de oír, lo que demuestra que componía por intuición, cosa singular en la historia de la música... Pero esto no lo resarcía del cruento sufrimiento de no poder oír sus

propias composiciones. «¡Pero las oí en el cielo!», exclamaba este optimista, levantando en alto la mano derecha y fijando la mirada vaga y penetrante hacia arriba, cual si indagara el más allá...



La compulsión religiosa y el instinto sexual

El naturalismo erótico en la religión griega.—La iniciación «en Orfeo»

S. Velasco



OS llamados *misterios Orficos*, cuyo origen describíamos en un precedente artículo (1), dividíanse en dos partes, a saber: «Pequeños Misterios» y «Misterios profundos», llamados estos últimos, simplemente, «Iniciación».

En los «Pequeños Misterios» se efectuaba una lustración —un baño— a fin de purificarse, en las ondas del río Iliso. En ellas podían tomar parte todas las personas que lo desearan, sin excepción alguna, siempre que se sujetaran a realizar los ritos expiatorios y las abstenciones —ayuno de carnes y vino y proscripción absoluta del acto sexual durante unos días— lo cual puede decirse que constituía la primera prueba de selección para llegar a las ceremonias iniciáticas.

Pasados los días «abstentivos», celebrábanse unas fiestas que, al decir del tratadista Preller, revestían carácter orgiástico, si bien no hay documentos fehacientes que lo atestigüen. Lo que sí puede aseverarse es que se realizaban en tales fiestas algunas representaciones mímicas de carácter mitológico y que el verismo expresivo empleado en las mismas llegaba hasta la perfecta imitación de todos los actos, el genésico inclusive.

En general, sin embargo, como en todos los rituales en que lo misterioso desempeña un papel preponderante, se destacaba el sentido místico. Las fiestas eran nocturnas y, en cierto sentido, según ha demostrado el gran indagador Santiago Valentí Camp en su obra *El Hombre y sus Creencias*, guardaban íntima conexión con el antiguo culto a los muertos. Lo mismo en los festivales de otoño como en los que se celebraban al llegar la primavera, el mito que rememoraba los misterios eleusinos alcanzaban un sentido enaltecedor y, en ciertos respectos, universal, ya que simbolizaba el cambio que de continuo operase en la Naturaleza, incluido el de la

vida a la muerte y recíprocamente. Eran a modo de un símbolo del resurgimiento de los elementos que constituyen el Cosmos.

La enseñanza órfica reservábase exclusivamente a los que habían demostrado aptitudes para la iniciación —inteligencia, fuerza de voluntad, dominio de las pasiones, etc.— y apoyábase en los principios cosmogónicos y teogónicos. Los teólogos de la citada escuela tenían como objeto principal, en sus actos, el penetrar en la naturaleza mental del individuo y averiguar su capacidad asimilativa. Los sacerdotes órficos rendían culto a Dionisos, pero éste no ha de confundirse con el Baco vulgar, a quien también se prodigó este nombre. El Ser Supremo órfico era «Dionisos-Zagreus», el captador de las almas, quien participaba, según la Mitología, en la soberanía del Hades, regulaba la tarea de purificar los espíritus y deparábales vida perenne.

En vez de consagrarse los sacerdotes de Orfeo a un entusiasmo irreflexivo y a diarias orgías, llevaban una vida ejemplar, sin que ello signifique que contrariasen los designios de la Naturaleza ni que se abstuviesen del coíto. El citado historiógrafo Valentí Camp ha dicho que, en ciertos respectos, los órficos significaban una real oposición a la furiosa embriaguez que caracterizaba a las bacantes. Nosotros podemos añadir que su vida se ajustaba a las leyes naturales, sin contrariarlas absurdamente —cual el cristianismo con su antinatural concepto de la castidad— y sin exagerar la nota, como los adoradores de «Príapo», que consideraban la vida como una continua cópula. Los sacerdotes de Orfeo ingerían carne solamente dos veces al año, durante los «Pequeños Misterios»; pero, después de haber saboreado, en una cena mística, la carne sin preparación del toro sagrado de Dionisos, proscribían de su mesa, en lo sucesivo, todos los platos cárneos. Eran los genuinos representantes del vegetarianismo religioso.

Así, es evidente que la teología órfica, que tenía su base en la estricta observancia de las

(1) Véase ESTUDIOS núm. 140 (Abril 1935).

leyes naturales, introdujo en quienes la sustentaron el sentido naturalista que era su máxima riqueza. Pero, según parece, en el curso del tiempo interpoláronse en la tradición órfica un número no exiguo de fábulas que hubieron de desvirtuar su prístino carácter y borrar casi en absoluto su sentido ético. Se ha dicho que los órficos llevaron a un grado excesivo su propósito de representar con fidelidad los órganos genitales y el acto de la cópula, cosa que, al decir de algunos autores, fué motivo de su decadencia.

Comenzaba la iniciación órfica con una invocación a Dionisos-Zagreus para que abriese las potencias del espíritu al neófito, y, en caso de no ser apto, le cerrase el acceso a la Sabiduría. Luego, se constreñía a los que se iniciaban a que jurasen fidelidad al credo. De un modo gradual llegábanse a conocer los fundamentos de la creencia, y, un grado tras otro, se alcanzaba la plenitud del conocimiento de aquellas cosas que se reputaban superiores y veladas.

El método que se empleaba en las escuelas órficas —a semejanza del utilizado en Egipto y Caldea— reclamaba el sistema de la gradación, tanto más cuanto la teogonía tenía un sentido arcano y la forma de expresión era metafórica y trascendental. El sentido oculto de tales símbolos permanecía, por tanto, vedado a los profanos, y los mismos neófitos, sin las fórmulas iniciáticas aprendidas en sus primeros pasos, no habrían logrado desentrañarlos.

Las enseñanzas que encerraba la iniciación en los misterios de Dionisos eran análogas a los de Isis. Por medio de ellos expresábase el alma universal, el soplo inefable que hace al hombre superior a los demás animales y que le permitió descubrir las reglas geométricas para edificar las más asombrosas construcciones. Dionisos era, según las enseñanzas órficas que se comunicaban al iniciado, el arquitecto sublime, el escultor magnífico, el músico encantador, el artista prodigioso que sin cesar deambulaba por el mundo modelando nuevas formas a las que vivificaba y animaba al ritmo armonioso de su lira y con la ardiente y arrebatadora fogosidad de su Verbo. Dionisos era, además, el mágico y depurado pintor que daba colorido a las emocionantes mutaciones tornasoladas de la puesta de sol; era el artífice fastuoso que vestía al mar con su cristalino y movable manto de azul turquí; él quien cubría de oro las hojas de los árboles en la estación otoñal, y quien tachonaba de iridiscentes esmeraldas al sutil tejido de las hierbas silvestres. Dionisos era,

la adaptación griega de la unidad egipcia, del símbolo de la Vida una y múltiple que se manifestaba en todas las cosas visibles y aun en aquellas que permanecen ocultas a la mirada escrutadora del hombre...

Para el neófito, la leyenda de los trabajos de Hércules abría su secreto y enseñábase que cada uno de aquéllos es la representación emblemática de las pruebas por que ha de atravesar el hombre que desee acercarse al conocimiento intrínseco de las cosas. Así como Hércules vence al león de Nemea, el iniciado había de ejercer dominio sobre sus pasiones y de feroces y avasalladoras trocarlas en sumisas sirvientes de su inteligencia. El segundo deber del aspirante era el de, inspirándose en la gesta de Hércules, que dió muerte a la hidra de nueve cabezas por medio de teas encendidas y de flechas untadas con hiel, destruir en sí todos los prejuicios, anular las supersticiones y vencer el imperio de las inclinaciones groseras que nos inducen a ir en pos de los falsos bienes olvidando el tesoro que llevamos en nosotros mismos. Las teas de Hércules eran la representación de la luz del intelecto, cuyas llamas van consumiendo paulatinamente, merced al análisis y al alquitaramiento, las fuerzas negativas del universo, para construir, luego, la síntesis grandiosa que habrá de conducir a la humanidad hacia la armonía perenne...

La percepción de la unidad, a la que el hombre tan sólo puede llegar mediante el triunfo sobre las más horribles adversidades y con el auxilio de Medea, es decir, del impulso avasallador e irresistible del Amor, representábase por medio del «vellocino de oro de los Argonautas», que significaba la evolución de la naturaleza inferior y el caso del duelo entre la materia y el espíritu por haber alcanzado la armonía deseada. La leyenda de Tesea y del Minotauro simbolizaba la situación del hombre débil a quien su sensualidad, representada por el Minotauro, impone el diario menosprecio de sus siete virtudes superiores —representadas en la leyenda de los siete muchachos y otras tantas jóvenes—, de cuya esclavitud tan sólo puede librarse mediante el despertar impetuoso de su voluntad —que es Tesea— a quien sirve de guía la intuición, o sea Ariadna. Tal era la sublime enseñanza ética que se ocultaba tras los cendales de aquellos misterios que, para el vulgo, no pasaban de ser motivos de esparcimiento y alborozo. Y es que, conforme al criterio egipcio, las verdades científicas tan sólo se ponían al alcance de quienes parecía podían hacer buen uso de ellas.

La homeopatía y su práctica

J. Pedrero Vallés

Médico-Homeópata



Es la Homeopatía un sistema terapéutico que consiste en dar al enfermo, para su curación, dosis infinitesimales o pequeñísimas de una sustancia medicamentosa que previamente *experimentada en el hombre sano*, reprodujo en él síntomas semejantes a los que observamos en el enfermo.

Sabemos perfectamente todos los que nos apartamos un tanto de las arraigadas concepciones alopáticas, que el estado morbooso no es otra cosa sino que una sensibilización especial, o mejor dicho, de naturaleza particular en cada individuo, mediante la cual se producen en el enfermo alternativas mórbidas variables que generalmente se refieren a una sola o única causa: *una intoxicación orgánica*.

Todos los individuos no presentamos los mismos síntomas aunque podamos comprobar no obstante las mismas o semejantes reacciones fisiológicas (modificaciones de la sangre, de la tensión arterial, de las orinas, etc.), ya que *cada individuo posee una resistencia especial según su temperamento*, causándole sensaciones e impresiones (síntomas característicos) que le son particulares y personales. Toda enfermedad, pues, corresponde analógicamente a un estado morbooso que experimentalmente se puede producir en el individuo sano por medio de una sustancia conocida, pudiendo ser por tanto no solamente *definido* según su analogía, sino pudiendo ser también a la vez curado por ella. Esto es la Homeopatía: una verdadera terapéutica antianafiláctica, curativa e individual.

Es preciso que el práctico, si quiere ver que la Terapéutica progrese, experimente sobre él mismo o sobre sujetos sanos y de buena voluntad, las sustancias que más tarde habrán de darle las precisas indicaciones de sus remedios. Estas experimentaciones puras u homeopáticas ya han sido hechas y frecuentemente repetidas hasta constituir la Materia Médica Homeopática que ofrece hoy en día al médico varios cientos de remedios, con sus indicaciones características e individuales, cuidadosamente estudiadas.

Cuando los doctores Alttaire y Nicolle provocaron experimentalmente accidentes inmediatos semejantes a los de la fiebre del heno al destapar un frasco lleno de ricino en polvo y con el polen de solidago o de ambrosía, y que respectivamente combatieron con el suero antirricínico y, en fin, en otra multitud de casos, ¿creéis que ellos tuvieron un conocimiento exacto de los síntomas que podían producir el ricino, solidago o ambrosía? ¡No! ¿Por qué? Pues, sencillamente, porque ellos no habían estudiado las sustancias experimentales más que en individuos predispuestos, no habiendo conseguido con ello más que un fenómeno provocado. ¿Creéis, por tanto, que ellos pueden conocer mejor que el homeópata el empleo que se debe de hacer en Terapéutica de estas diversas sustancias?... ¡No!, porque ellos ignoran la beneficiosa acción de dichas sustancias en otras muy diversas afecciones. Al mismo tiempo, ellos ignoran completamente las indicaciones claras y características de estos remedios y que todo práctico eclecta puede encontrar en nuestra Materia Médica Homeopática.

La práctica de la Homeopatía descansa, pues, sobre los siguientes y sólidos sillares: Observación atenta del enfermo; conocimiento exacto de la Materia Médica pura y, en fin, en el empleo de las dosis infinitesimales.

El examen clínico es indiscutiblemente necesario para establecer un diagnóstico. Ahora bien: todo examen clínico no puede conducir más que a un diagnóstico de enfermedad, dejando en la oscuridad el *conocimiento del enfermo* y, por ende, la *noción exacta del tratamiento* que a éste le conviene.

Evidentemente, todas las hipótesis pueden ser formuladas, pero si se va a pensar que todas las hipótesis emitidas pueden ser seguidas de un ensayo terapéutico diferente, ¿puede decirse la seguridad en que se encuentra haciendo de conejillo de Indias el enfermo?

En la práctica homeopática se observa, por el contrario, un mayor progreso, una más nueva precisión en el orden terapéutico y la determinación del remedio que necesita el enfermo puede ser siempre hecha con matemática exactitud mediante el *diagnóstico pa-*

togenético del caso, es decir, que aun cuando el enfermo no se le pueda *etiquetar* con el nombre científico o el *itis* correspondiente a su dolencia patológica o enfermedad, se puede hacer un diagnóstico patogenético del mismo, por el conjunto de fenómenos mórbidos observados en él y que siempre corresponden a un cuadro de signos o síntomas experimentalmente provocados por una sustancia medicamentosa en el hombre sano: «*A los rasgos fisionómicos de toda enfermedad, corresponden siempre rasgos fisionómicos semejantes originados por una sustancia medicamentosa.*») El diagnóstico clínico se debe de completar con el diagnóstico patogenético o medicamentoso. El enfermo lo que necesita no es el «mote o apodo» con que se le pueda designar en virtud de su padecimiento, sino la sustancia medicamentosa que pueda conducirlo hacia su curación.

Al enfermo es preciso no solamente examinarle, sino que es necesario observarle.

El paciente es un verdadero portador de signos o síntomas que es preciso saber leer e interpretar; ellos serán los que habrán de darnos la clave del enigma que todo ser humano lleva consigo mismo; ellos son los que nos harán precisar, no solamente el porqué de su morbilidad, sino también las razones de su futuro desenvolvimiento que habrá de permitirnos atajar su mal.

Observando a todo enfermo, veremos que aquél tiene una arquitectura especial que le distingue clara y perfectamente de todos los demás.

Consideremos dos individuos que posean una semejante configuración y veremos a poco que observemos que ellos no tienen ni las mismas aptitudes, ni parecido carácter, ni idéntica construcción o constitución.

La observación y el estudio del temperamento del enfermo, en Homeopatía, tiene una gran importancia, ya que el temperamento no es otra cosa sino que el conjunto de reacciones individuales del sujeto (reacciones físicas, químicas, biológicas y psíquicas). Es, por tanto, el temperamento, principalmente, lo que caracteriza al individuo, pudiéndose fácilmente modificar, bajo la influencia de cualquier acción exterior o interior.

Al mismo tiempo, el aspecto exterior de cada individuo varía según las condiciones de su existencia (luchas que él ha de sostener, enfermedades que le atacaron y atacan, intoxicaciones e intoxicaciones que sufre, leyes hereditarias que soporta, etc.). Todo médico, por tanto, deberá de poder definir el TIPO del sujeto que él observa, pudiendo con tal ma-

nera de proceder, no solamente darle a aquél una dirección médica conveniente, sino también aclararle todo lo referente a su propia personalidad y orientarle hacia su perfeccionamiento.

En el curso de las enfermedades el temperamento se modifica, el carácter cambia, etcétera; pues bien, estos cambios del carácter, del temperamento, etc., son interesantísimos de anotar, ya que ellos son los que constituyen los denominados *síntomas mentales del enfermo*.

El medicamento homeopático ofrece para su estudio: sensaciones, impresiones, síntomas funcionales, objetivos, etc., cuyo conjunto constituyen lo que en Homeopatía se denominan *Patogenias*.

Las sensaciones habrán de estudiarse: según su localización, momento de aparición, duración, etc.

Las impresiones no son otra cosa sino que los síntomas mentales desarrollados por la acción del remedio sobre el hombre sano y serán las que principalmente habrán de permitirnos *individualizar el remedio* y hacer de su patogenesia una verdadera personalidad, un tipo real que habrá de corresponder a un tipo mórbido. El médico homeópata ve, por tanto, en la patogenesia de cada remedio, el retrato exacto del enfermo que tiene a la vista.

La medicina alopática u oficial, participa de la opinión de que el elemento esencial de la Homeopatía es el empleo de las dosis infinitesimales, olvidando que la ley fundamental que rige la indicación del remedio no es otra sino que la Ley de Similitud, el *Similia similibus curentur*, y olvidan que aun ellos mismos se ven obligados a razonar analógicamente y emplean dosis muy atenuadas o infinitesimales cuando practican la autohemoterapia, la vacuoterapia, etc.

Podremos concluir, por tanto, este pequeño artículo de divulgación médicohomeopática diciendo que: *dado que todos los enfermos no son, ni con mucho, semejantes, habrá de ser siempre necesario dar a cada uno «su remedio específico», según las indicaciones (características y modalidades) patogenéticas del mismo.*

Un día vendrá en que los dos hermanos gemelos, Homeopatía y Naturismo, habrán de imponerse, ya que el enfermo no quiere otra cosa que curarse, y habiendo ya aprendido a despreciar suficientemente toda clase de hipótesis, rechazará con desprecio a la Alopática o medicina oficial, y acogerá con cariño el trío hipocrático: HIGIENE, NATURISMO y HOMEOPATIA.

Mussolini, las mujeres y el maltusianismo

María Lacerda de Moura



Es formidable el contraste existente entre el desprecio que siente Mussolini hacia las mujeres y la admiración que éstas demuestran por él.

Mussolini sabe que las féminas admiran a los hombres fuertes... Y que la multitud es hembra... Por esto desprecia a las mujeres. Todos sabemos de qué manera se trata a la mujer en Italia. Yo he visto italianas que soportaban los gritos y malos tratos de sus esposos con una pasividad y sumisión tales que daba, no lástima, sino asco. Y me preguntaba si sería que esos hombres estaban embriagados o ellas son de piedra.

Pero Mussolini nos da la clave. En una conversación sostenida con el repórter internacional Emil Ludwig, el «Duce» se mostró tal cual es...

Veamos el diálogo sostenido por estas dos figuras. Habla Ludwig:

«—¿Se vanagloria usted de que en el siglo XIII sus antepasados de Bologna poseyeran un blasón, según se ha afirmado?»

En el semblante de mi interlocutor traslucióse inteso desdén. Irguió altivamente la cabeza y dijo:

—No me importa lo más mínimo. Sólo uno de mis antepasados me interesa; un Mussolini que en Venecia mató a su mujer porque le era infiel y que, antes de huir, dejó sobre el pecho del cadáver de la adúltera dos escudos venecianos para los gastos de entierro y funerales. Así son mis antepasados. Todos los cantos de los habitantes de mi tierra se refieren a tragedias de amor.»

Mera teatralidad, digo yo. ¡Cuán ridículo resulta ese sistema de lavar la honra en sangre y cuán teatral e imbécil el gesto de los dos escudos! ¿Qué juicio merecerá a la posteridad ese gran cómico —farsante— que el mundo habrá de resignarse a perder cualquier día?

Este es el hombre a quien admiran las mujeres. Aunque Mussolini las considere como seres enigmáticos, cuya influencia constituye

para él un mundo de tinieblas, Ludwig se atrevió a objetarle que, a veces, las mujeres influyen enormemente en la vida de los grandes hombres. A lo cual Mussolini replicó:

«—El ascendiente de la mujer en los hombres fuertes, es nullo. Las mujeres constituyen un elemento festivo, como la música, el saludo romano, los himnos patrióticos, etc.»

Esta declaración era terminante. Pensó, por tanto, Ludwig que lo mejor sería encauzar la conversación hacia otros derroteros. Y abordó el asunto de la expansión territorial y demográfica, y dijo:

«—Después de lo que acaba de decirme usted me preocupa mucho menos el concepto fascista de «mayor espacio». No puedo creer que V. E. vea la felicidad de una nación en su exclusiva extensión territorial. Pero ello me deja comprender menos el que en un país de superficie limitada se instituyan premios para las familias numerosas. Se me figura que, por el contrario, la difusión del maltusianismo sería, en Italia, mucho más indicada que en cualquier otro lugar.

Mussolini no disimuló su gran descontento por la indiscreta pregunta; en ninguna otra ocasión le había visto impacientarse hasta tal extremo. De una manera absolutamente insólita me arrojó al rostro todos sus argumentos y, hablando mucho más rápidamente de lo que acostumbra, contestó en tono resolutivo:

—¡Malthus! Económicamente es un error, moralmente es un crimen! La disminución numérica de la población origina la miseria. Con dieciséis millones de habitantes era antes Italia más pobre de lo que es ahora con cuarenta y dos. Los habitantes de nuestro país se hallan actualmente mucho mejor que cuando vivían bajo la égida de los Papas. Entonces todo era miseria e incultura. ¡Hace treinta años que en mi casa pude comprobarlo, puesto que no hallé otra cosa! ¡La industria promovió la cultura y la competencia aumentó el bienestar.»

A estas razones, tan extemporáneas, Ludwig no opuso más argumento que éste:

«—Por lo que concierne a la fuerza de una nación, el argumento de usted no es del todo categórico. Francia, que es racialmente y por esencia un país poco fecundo en cuanto a la reproducción, puesto que los matrimonios no acostumbra a tener más de dos hijos, ha demostrando cuánto puede y de lo que es capaz, si es necesario.

—¡Francia no prueba ni demuestra nada! —atajó vivamente el Duce.

—Y su irritación —concluye Ludwig— me reveló que mi objeción se la habían presentado otros con frecuencia.

—Si no la hubiese auxiliado medio mundo, Francia habría perdido. Es más: si en 1914 la República francesa hubiese contado con cincuenta y cinco millones de habitantes, en vez de treinta y cinco, Alemania no le habría declarado la guerra—afirma Mussolini.

—Estas ideas, con las que no puedo concordar —objeta Ludwig— explican las medidas excepcionales de sanción que ha adoptado V. E. contra la práctica del aborto voluntario.

—Los rusos —contesta Mussolini— pueden guiarse por otras leyes. A ellos, quizá no les importe que su población aumente todos los años de cinco, de tres o sólo de un millón de almas. Pero es innegable que la disminución de habitantes acarrea la mengua de las fuerzas nacionales. Si yo dejara realizar impunemente el aborto, semejante práctica se haría muy pronto del dominio público. En este aspecto somos antípodas de los rusos.

—Me pongo, pues —afirma Ludwig—, al lado de los que otorgan a la mujer los mismos derechos que al hombre.»

Estas palabras tuvieron el don de exasperar la irritación de Mussolini que, con una voz todavía más obstinada, replicó:

«—La mujer ha de ser una criatura pasiva. Es analítica y no sintética. ¿Acaso, en todo el decurso de los siglos, se dedicó jamás a la arquitectura? Dígale que me edifique, no ya un templo, sino una cabaña, y no lo podrá hacer. La arquitectura, síntesis de todas las artes, le es extraña: es un símbolo de su destino. Mi concepción de su papel en el Estado es opuesta a todo feminismo. Naturalmente, convengo en que la mujer no ha de ser esclava; pero no soy partidario de concederle el derecho al voto, entre otras razones, porque dejaría de admirarme. En Inglaterra hay tres millones más de mujeres que hombres. Entre nosotros, en cambio, los números se equilibran. ¿Quiere saber en qué acabarán los anglosajones? Pues en el matriarcado.»

Tal es el hombre. ¡Este es el Duce, idolatrado por las mujeres como símbolo del hombre fuerte!...

¡Cuán huecos y endebles son sus argumentos contra el malthusianismo! Mussolini no conoce el malthusianismo, de lo contrario no utilizaría pseudorrazonamientos tan banales y tan al alcance de inteligencias primarias... Sus argumentos se caen por su propio peso.

¡Ya veis a qué se reduce la mujer para este dictador, ídolo de hembras!



La pedagogía experimental

A. Binet y V. Henri



O que hay que intentar, hablando con propiedad, no es una reforma de la antigua pedagogía, sino la creación de una pedagogía nueva.

La pedagogía antigua, a pesar de algunas buenas partes de detalle, debe suprimirse por completo, pues está afectada de un vicio radical: ha sido hecha de una pieza; es el resultado de ideas preconcebidas; procede por afirmaciones gratuitas; confunde las demostraciones rigurosas con las citas literarias; corta los más graves problemas invocando el pensar de autoridades, como Quintiliano y Bossuet, y reemplaza los hechos por exhortaciones y sermones. El nombre que mejor la caracteriza es el de *chacharería*.

La nueva pedagogía ha de estar fundada en la *observación* y en la *experiencia*, y debe ser, ante todo, *experimental*. Por experiencia no entendemos ese vago impresionismo de las personas que han visto mucho, estudio experimental, en la acepción científica de la palabra, es aquel que contiene documentos recogidos metódicamente y relacionados con suficientes detalles de precisión para que con esos documentos a la vista se pueda reanudar el trabajo del autor, comprobarlo o sacar conclusiones nuevas o que él no había previsto.

Los experimentos de pedagogía psicológica pueden ser divididos en dos grupos: primero, los efectuados en los laboratorios de psicología; segundo, los efectuados en las escuelas.

En pedagogía se aprecian sobremanera los experimentos del segundo grupo, pero no por esto hay que descuidar de ningún modo los de laboratorio. En efecto, en los laboratorios de psicología se efectúan investigaciones sobre un corto número de personas que por lo general van al laboratorio para aprender psicología y se prestan con muy buena voluntad a los experimentos. Con estas personas se pueden hacer exámenes muy minuciosos, estudiar la influencia de las diferentes causas de error, averiguar si un método puede o no dar resultado y ensayar nuevos métodos o

perfeccionarlos de modo que resulten prácticos y sencillos.

Son, en suma, investigaciones de métodos, por lo general muy largas y muy minuciosas, pues, de una parte, se estudia a personas pacienzudas que pueden consagrar a la Ciencia varios meses, y, de otra, siendo reducido el número de estos individuos —de seis a diez, por término medio, en los laboratorios más frecuentados— se ven obligados los experimentadores a repetir con ellos muchas veces los mismos experimentos para estar seguros de no haber cometido ningún error. De este largo trabajo de preparación sale un plan de investigación para las escuelas, plan práctico en el que están dilucidadas todas las cuestiones de método, en el que los puntos de estudio que han parecido más importantes son ya visibles.

Así, pues, la investigación comenzada en el laboratorio se continúa en las escuelas, y, cambiando de ambiente, toma un carácter completamente diferente. Hagamos observar, por de pronto, que a las escuelas se llevan raramente los aparatos complicados que sirven en el laboratorio; los instrumentos quedan reducidos a su máximo de simplicidad, por razones fáciles de comprender. Lo que domina en las investigaciones escolares es la rapidez de ejecución. Admitido el psicólogo para que haga sus observaciones en niños que se envían a la escuela para aprender y que no pueden perder un tiempo precioso, no puede tratarlos como a los adultos observados durante meses en los laboratorios.

Los experimentos escolares se efectúan de dos principales maneras, colectiva o individualmente. Primero, colectivamente; se llega a la clase con el director y se explica en pocas palabras la experiencia a que se va a proceder: prueba de la memoria, por ejemplo, o de imaginación, y se hace el experimento en seguida, el cual dura, por término medio, un cuarto de hora; luego se recogen las copias y se pasa a otra clase, para comenzar de nuevo. La lección de los alumnos no ha quedado gran cosa interrumpida, pues si

El hombre

Mario Zaragozá



DEJÁRAMOS aparte por un momento el egoísmo individual, la avaricia de esos ultramicrobios que se reproducen sobre la enmohecida película de la Tierra, y que producen en su superficie esas invisibles erosiones que ellos llaman grandes ciudades, engraidos y fatuos de sus obras; si estos seres se diesen cuenta de lo nula que es su existencia y lo desapercibida que transcurre en el Universo su vida; hálito, vibración infinitesimal y sujeta a cualquier capricho o accidente exterior; que mueren de calor o de frío, con la menor variación de temperatura, y para quienes los momentos de la vida sideral, fracciones de segundo en la vida de los mundos, supone millones de siglos y generaciones para ellos; si se analizasen en su grandiosa pequeñez e imponderable insignificancia, seguramente que desaparecerían los odios que los alienan, y dejarían al tiempo que acabase con ese tenue chispazo que es su vida, sin necesidad de acortarla violentamente, más aún

de lo que en realidad tiene de efímera con relación al Universo.

Este es el hombre, barbilampiño de piel cretina, inservible a los rigores de la Naturaleza, quien sin disponer de branquias para vivir en las profundidades del mar, faltándole las alas que le remontan a los espacios, careciendo proporcionalmente aun de la fuerza muscular de la hormiga, de las antenas receptoras o emisoras de la polilla, de los multiformes ojos de la mosca, de la industriosisidad y organización de las abejas, del artificio de la araña, y, en fin, de otras mil cualidades importantísimas para la vida, se cree y pregona asimismo rey de la Creación, sólo por el hecho de haber suplido burdamente algunos de estos defectos y vanagloriarse de que su ángulo facial sea mayor en grados al resto de las especies.

En efecto, lo dominamos todo, o así lo creemos, y con esto nos damos ya por vencedores; ahora que, ¿tenemos derecho a este título, desde el momento que no sabemos dominarnos nosotros? Este conoci-

este experimento se efectúa solamente dos veces en el curso de un mes, los estudios no se interrumpen grandemente; a veces el experimento es para los alumnos un ejercicio de estilo o de escritura. Durante esta interrupción de un cuarto de hora el experimentador ha podido reunir una cuarentena de copias que luego podrá examinar detenidamente, cuando salga de la escuela, y de las que podrá sacar conclusiones instructivas si el experimento ha sido bien concebido. Segundo, individualmente; algunas investigaciones no pueden efectuarse colectivamente, porque exigen un examen individual. Para medir la fuerza muscular, por ejemplo, y para ciertos experimentos psicológicos de memoria y de comparación, en que hay que interrogar al sujeto y analizar sus respuestas, hay necesidad de examinar a cada alumno aisladamente. En estos casos suele utilizarse el despacho del director y a él acuden los alumnos, uno tras otro, dos a dos, o por gru-

pos más importantes, según convenga. Cuando se ha efectuado el examen, el alumno vuelve a su clase. Como el examen de cada alumno no dura más allá de cinco a diez minutos, es para él una pérdida de tiempo insignificante, tanto más cuanto que este examen no se repite muy a menudo. Respecto al curso de la lección, ésta no queda alterada por la salida de dos o tres alumnos.

En suma, las experiencias de pedagogía que se realizan en las escuelas toman poco tiempo a los alumnos, no turban el orden de los estudios, y si se considera que bastaría con que cada mes se hiciera un experimento de un cuarto de hora con cada alumno, comprendiendo en esta investigación una docena de escuelas, para resolver prácticamente un gran número de cuestiones pedagógicas de la mayor importancia, que aun están en litigio, nos parece que todo el mundo debería apoyar este género de investigaciones.

miento de sí mismo, de nuestra insignificancia e imperfección, que ya de por sí sería suficiente a desterrar mentirosas religiones, de ridículos misterios y en cuya interpretación malgastamos preciosos momentos, nos llevaría insensiblemente a la verdadera, al único apostolado que debe prevalecer y que no tiene en sí mitología alguna, nos llevaría a la religión del amor, en toda la extensión que debe abarcar este concepto, sin miras ni condiciones ni excepción alguna, para nada ni nadie, ya sea semejante o no, tanto material como inmaterial, puesto que sabemos ya de modo concreto que la vida no es solamente patrimonio de los que nacen y mueren, sino que es vibración, potencialidad, dinamismo, y esto se encuentra allá a donde dirijamos la vista u orientemos el pensamiento, y aun más allá, si más allá nos acompañase esa máquina o cerebro, que permite darnos una idea de las cosas y pudiéramos, por tanto, analizarlos; y, puesto que todo vive y perdura eternamente en diferente estado, pero en potencialidad indubitable, a todo debe abarcar nuestro amor y a nadie ni a nada nuestro odio; y si la muerte, como así la llamamos, paraliza nuestro cerebro apagando, por tanto, lo que llamamos vida, no por eso finalizan ni se extinguen los componentes de nuestra persona, ni se pierden las vibraciones, la potencialidad y el dinamismo, que existen y perduran, como existían y perduraban, cuando en período de gestación vivíamos sin vida y existíamos sin darnos cuenta de ello, ya que nuestro cerebro, o vehículo que nos proporciona el medio de apreciar nuestro YO, aun no funcionaba en su grado analítico, sino en potencia. ¿Se puede decir que no vivimos durante el estado latente? No. ¿Se puede asegurar que no vivimos durante el estado desintegrante? Tampoco. Lo que llamamos vida, no es otra cosa que cerebro; somos un conglomerado de vidas completamente autónomas, sin embargo.

nuestro cerebro ambicioso las centraliza y unifica en un todo: el hombre. ¿Es vida el sueño? ¿Y qué es la muerte sino el sueño eterno? ¿Y qué es el sueño, sino la vida eterna? ¿Y qué es la vida eterna, sino el conjunto de cuanto nos rodea?

La civilización es la enfermedad de los siglos, enfermedad necesaria en el grandioso cuerpo del cosmos para que pueda, bien encauzada, vivir el microbio llamado hombre, quien, con saber tanto, aun no comprende el que dispone por un corto tiempo de un cerebro que le puede llevar al bien, sin necesidad de utilizarlo para el mal; que vale más el hombre que limpia de papeles las calles que el sabio que descubre los más corrosivos gases asfixiantes; que es más digno y merece mayor respeto el campesino que siembra una planta que el político que suscita una guerra, y que con más justicia puede llamarse ser superior a la más inmunda alimaña, que al hombre que consciente de sus obras no vacila y transige en destrozarse mutuamente con la mayor cantidad posible de «civilización» y ciencia, como si la ciencia no mereciese más respetos ni tuviese otro fin que la destrucción. ¡Oh, sabios! «físicos», que malgastasteis la existencia buscando el famoso elixir de larga vida en remotas edades y llevados de los mejores propósitos, os reemplazaron los alquimistas con su sed de oro, y de cuyo fracaso ríen los presentes hombres de ciencia, ignorantes de que eran posibles vuestras inocentes teorías y, sin pensar que ellos, en sus laboratorios modernos, con sus viveros de mortales gérmenes y descubrimientos de horribles drogas encaminadas a la destrucción de sus semejantes, cada vez que sonríen por el triunfo que supone

el hallazgo de un nuevo gas para ayudar a la guerra y hacer fuerte a su patria, retiran de los rojos hornillos un crisol lleno de oro para ellos... lleno de sangre para la humanidad.



Preguntas y respuestas

R. Remartínez

Las preguntas (no más de dos o tres), deben redactarse claramente, en papel aparte, y dirigirse a ESTUDIOS, Apartado 158. —Las peticiones de cuestionarios, acompañando sello, deben dirigirse al doctor Remartínez, Conde de Salvatierra, 19. —No se contestarán más que aquellas preguntas que tengan un interés general, y que respondan al carácter divulgador y cultural de esta Sección. —Todas las preguntas se contestan por riguroso orden de recepción.

PREGUNTA: ¿Qué es Eugenesia?—F. Rey.

RESPUESTA: Eugenesia es la ciencia, arte o conjunto de enseñanzas cuyo objeto es la procreación de hijos sanos y perfectos. Es la ciencia del bien engendrar.

Sus otras preguntas ya han sido contestadas otras veces.

PREGUNTA: ¿Tiene mucha importancia a los efectos del goce sexual y la fecundación, el tamaño del miembro viril?—J. Alcalá.

RESPUESTA: La tiene, dentro de ciertos límites. Se le da, en efecto, por muchos individuos obsesionados con la pequeñez de sus genitales, una importancia excesiva, pero bueno es saber que sólo en casos de verdadero infantilismo de aquéllos (y esos casos son raros) puede esta anomalía resultar un serio inconveniente para la satisfacción sexual de la mujer. Por lo demás, se ha exagerado mucho sobre estas cosas y por muchos se tienen como normales dimensiones excesivas. Un pene algo pequeño, siendo su funcionamiento normal, nada implica para poder realizar el coito normalmente y poder fecundar.

PREGUNTA: De Ramón Rofes.

RESPUESTA: En mi folleto sobre *La tuberculosis*, recientemente publicado, podrá hallar cumplida respuesta a sus preguntas.

PREGUNTA: ¿Se le puede dar de comer carne a un niño de menos de nueve meses?—F. Penalva.

RESPUESTA: Pero, hombre, si la carne es un alimento en absoluto anatural e impropio del ser humano, aun en estado adulto, ¿cómo quiere que sea bueno para una criaturita a esa edad?

PREGUNTAS: ¿Pueden perjudicar a la mujer las excitaciones sexuales sin llegar al coito o también el no gozar durante este acto? ¿Cuándo deja la mujer de menstruar durante el embarazo?—Lucio.

RESPUESTAS: A la primera: Es, en efecto, muy perjudicial. La gran mayoría de las neurosis y manifestaciones o alteraciones nerviosas de la mujer reconocen un fondo sexual. El coito interrumpido o retirada a tiempo (verdadera herejía y absurdo procedimiento) y cuanto contribuya a dificultar o impedir el normal goce sexual de la mujer es una amenaza de futuras perturbaciones, molestias y síntomas de protesta de su organismo.

A la segunda: En el momento en que el óvulo es fecundado y empieza, por tanto, la gestación, lo normal es que el menstruo desaparezca.

Respuesta colectiva sobre medios anticonceptivos.— Son tantas las cartas que recibo con preguntas sobre este particular, que voy de una a dar mi opinión sobre el asunto; pero conste que esto es sólo mi opinión, ya que se me pide tan reiteradamente. Procuraré resumirla todo lo posible en beneficio de su claridad.

1.º De la gran cantidad de métodos anticonceptivos que se citan, estudian y preconizan en artículos, libros, revistas, etc., sólo unos pocos son racionales, eficaces e inofensivos. Una gran mayoría de los procedimientos recomendados son, por el contrario, inútiles, poco prácticos o perniciosos.

2.º El método fisiológico (véanse los números 130, 132, 139 y 140 de ESTUDIOS) es útil, pero no infalible, y sólo puede aplicarse a las mujeres cuya menstruación sea perfectamente normal, teniendo lugar exactamente cada veintiocho días. Queda sujeto al riesgo de la duda de si la mujer ovulará fuera de la fecha normal.

3.º La retirada a tiempo me parece un solemne disparate, un procedimiento absurdo y perniciosísimo para la mujer. Todos los días se ven pobres mujeres víctimas de esta práctica censurable, a la que deben multitud de trastornos.

4.º El preservativo es, naturalmente, si no se rompe, un anticonceptivo perfecto, pero tiene el inconveniente de privar a la mujer del contacto seminal, y parece ser que estudios recientes sobre esta cuestión conceden al semen un importante papel de acción sobre los órganos endocrinos de la mujer. Se han estudiado algunas alteraciones femeninas que pudieran obedecer como única causa al empleo del preservativo, que impide la impregnación seminal a sus genitales.

5.º Los pesarios son buenos procedimientos, siempre que se sepan colocar debidamente, pero por lo que a mi opinión se refiere son sólo excepcionalmente aconsejables, pues hay pocas mujeres cuyo cuidadoso esmero sea garantía de que no les ocasionarán trastornos dichos aparatos. La gran limpieza e higiene que debe observarse en su conservación y colocación hacen de este procedimiento un método esmeroso. Como verdaderos cuerpos extraños que son debe observarse en ellos una gran limpieza, para que no produzcan molestias o inflamaciones del aparato genital.

6.º Los procedimientos químicos (irrigaciones, óvulos o conos, etc., todas estas formas a base de composiciones químicas de propiedades espermaticidas) son los mejores si la fórmula es racional y son debidamente empleados. Bueno es, sin embargo, advertir que, aunque bastante seguros, NO SON INFALIBLES.

7.º Los procedimientos extraordinarios, tales como la vasectomía en el hombre o la esterilización por los Rayos X en la mujer o la castración, me parecen excesivos y hasta peligrosos (sobre todo los últimos) y no creo haya necesidad de recurrir a estos métodos extremos habiendo medios más sencillos.

En resumen: que creo lo mejor atenerse al procedimiento fisiológico, verificando sólo el coito en las épocas de esterilidad normal de la mujer y, ADEMÁS, asegurar la no fecundación mediante el empleo de alguna irrigación, óvulo o cosa por el estilo a base de una buena fórmula espermaticida. Esta es mi opinión, que

sé que no estará de acuerdo acaso con otras, pero es por lo menos sincera.

PREGUNTA: De un lector de América.

RESPUESTA: Si sus hemorragias están bien curadas no debe temer nada para sus hijos. Pero es que si hubo orquitis (si ésta fué doble) lo más probable es que haya usted quedado estéril y no pueda procrear.

PREGUNTAS: De F. Ollé.

RESPUESTAS: Respecto a su pregunta sobre el pudor le recomiendo lea la obra de Casas, *El origen del pudor*. En cuanto a las otras preguntas, una de ellas se contesta en este mismo número a otro preguntante y la otra no puedo contestársela yo, porque lo ignoro, como creo se ignora aún por la Ciencia.

PREGUNTAS: ¿Por qué unas mujeres menstrúan con naturalidad y otras con dolor? ¿Me recomienda para la vista cansada los baños de Sol, fuertes?—F. Guillen.

RESPUESTAS: A la primera: Porque unas son normales y otras padecen anomalías de su aparato genital que deben ser tratadas por el médico.

A la segunda: Para la vista cansada le recomiendo... que se haga ver por un buen oculista.

PREGUNTA: De José Valero, Alcoy.

RESPUESTA: Puesto que vive relativamente cerca le recomiendo venga a consultarme personalmente. Sin verle no puedo aconsejarle.

PREGUNTA: De Octavio Alba.

RESPUESTA: La carrera de Medicina es larga y costosa, amigo mío. Precisa usted, ante todo, el grado de Bachiller, y luego ocho años de Facultad, incluyendo el preparatorio y el Doctorado. Aun haciendo los estudios por libre resulta una carrera dispendiosa a causa de los libros de texto. La de practicante creo le será mucho más factible, pues en un par de años puede serlo y con mucho menor gasto.

PREGUNTA: De Víctor Vázquez.

RESPUESTA: Su afección reclama se ponga en manos de un especialista en Oftalmología. Probablemente padece lo que se llama daltonismo.

PREGUNTAS: ¿Qué es la Masonería? ¿Por qué el agua, al ser hervida, se queda sosa y, en cambio, a la del mar le sucede todo lo contrario?—A. González.

RESPUESTAS: A la primera: La Francmasonería es una institución universal, pues en todas las partes del mundo cuenta con afiliados, que tiene por objeto la lucha por la libertad y los derechos del hombre. Su lema es el tan conocido de LIBERTAD, IGUALDAD, FRATERNIDAD. En ella caben todos los credos y todas las ideologías por diversas que sean, siempre que el anhelo del individuo sea de acuerdo con los ideales de la institución. En cualquier tratado u obra acerca de la Masonería podrá hallar más amplia información de sus fines, así como de sus ritos, ceremonias y actividades.

A la segunda: El agua dulce, potable, no es que se quede sosa al hervirla, lo que sucede es que pierde el aire que contiene en disolución y esto le da otro paladar, al tiempo que resulta más indigesta. Con el agua del mar sucede lo contrario, que resulta más salada o amarga, naturalmente, porque al evaporarse el líquido quedan las sales que contenía disueltas a mayor concentración.

PREGUNTA: ¿Cuál es el mejor tratamiento de una hemorragia en caso de accidente mientras llega el médico?—José Rodríguez.

RESPUESTA: Si la hemorragia es en los miembros, donde puede ponerse una ligadura, se procederá del modo siguiente: si la sangre sale de una manera seguida y lenta (hemorragia venosa) se ligará entre el extremo del miembro (brazo o pierna) y el punto que sangra, y si la sangre sale roja y rutilante y a sacudidas

que coinciden con las pulsaciones (lo que indicará que hay una arteria rota), la ligadura se colocará entre la herida y el corazón, o sea más arriba del punto sangrante.

Puesta esta ligadura, cuya finalidad es dificultar la circulación impidiendo la hemorragia, se aplicarán compresas frías sobre el sitio lesionado, bien de agua sola o adicionada de agua oxigenada. Si la herida es pequeña se puede espolvorear con un poco de alumbre, o si no se tiene a mano, con pimienta en polvo que, contra lo que pudiera creerse, no irrita y, además, es un excelente hemostático.

En todos los casos el lesionado observará absoluto reposo, se le darán bebidas abundantes (sobre todo agua de limón), si perdió bastante sangre, y será avisado el médico para una cura más completa.

Si la hemorragia es interna, poco se puede hacer, como no sea el reposo absoluto del paciente y aplicarle compresas de agua muy fría o bolsa de hielo sobre los testículos o sobre la vulva, según sea hombre o mujer, con cuyo recurso se produce una constricción refleja de los vasos sanguíneos. Hay multitud de fórmulas vegetales y medicamentos a emplear en estos casos, pero para un caso de urgencia como el que indica no pueden improvisarse. Al interior, los cocimientos o infusiones de ratania, hidratis y, sobre todo, de hamamelia son buenos hemostáticos. Al exterior, y aplicados sobre la lesión, son utilizables la pimienta en polvo, el alumbre, el perejil, la yesca, etc.

PREGUNTAS: ¿Qué son calorías y cuántas necesita el hombre para su alimentación? ¿Disminuye o aumenta la necesidad de calorías con la edad? ¿Qué cantidades necesita el hombre para su alimentación de hidratos de carbono, grasas, albúminas, etc.?—V. Bonastre.

RESPUESTAS: Contestaré esquemáticamente a estas preguntas, pues hacerlo con todo detenimiento sería imposible en esta Sección. Por otra parte, hay multitud de obras sobre nutrición humana que le resolverán sus dudas. Lea el excelente folletito recién publicado por ESTUDIOS, *La alimentación humana*, por el doctor Lucio Alvarez, y también la obra de Strittmatter, *Vegetarismo o carnivorismo*, donde verá todo esto que le interesa.

La caloría es una unidad convencional equivalente al calor que se necesita para elevar la temperatura de un litro de agua un grado. El hombre adulto y de trabajo corporal corriente precisa entre 2.500 y 3.500 calorías, menos si hace una labor sedentaria y más si el trabajo es muy fuerte. El niño necesita menos y, después de la edad adulta, hacia la vejez va disminuyendo la cifra también como consecuencia del menor trabajo intrínseco del organismo.

En cuanto a los principios nutritivos, se necesitan: de *alimentos plásticos* (o sea proteicos o albuminoideos), unos 40 a 60 gramos al día; de *alimentos calóricos* (grasas), unos 50 gramos, y de *alimentos energéticos* (o sea carbohidratos), unos 500 gramos en las veinticuatro horas. Aparte esto, es preciso incluir en la ración habitual del hombre cierta cantidad de residuo inerte (celulosa), que sirva de excitante normal del peristaltismo intestinal y, desde luego, como punto principalísimo, algunas sales minerales y vitaminas.

PREGUNTA: ¿Qué son esos cuestionarios de consulta que usted dice?—Requena.

RESPUESTA: Son unos impresos donde hay expuesto un detallado y extenso interrogatorio, a cuyas preguntas debe contestar el enfermo para mi orientación acerca del diagnóstico de su dolencia. Una vez recibidas las respuestas, si el caso lo permite (pues no todos los enfermos ni mucho menos pueden diagnosticarse ni tratarse así), se les envía el plan a seguir.

Bibliografía

UN ESTUDIO LIBERTARIO SOBRE EL FASCISMO.

Luce Fabbri acaba de dar a la publicidad su segundo libro. El primero, de poesía, fué escrito en italiano. El segundo, de historia, ha sido escrito en español. Dos orientaciones muy diferentes: artística una, sociológica y científica otra. Orientaciones que, sin embargo, se funden armoniosamente en nuestra compañera, nutrida de humanidades griegas y latinas que debió estudiar para conseguir su doctorado en filosofía y letras, y que domina profundamente, siendo profesora de ambas lenguas muertas.

En Montevideo, donde reside Luce Fabbri es, además, profesora de historia. Una ocasión para profundizar esa disciplina. Y el método, el análisis, lo agudo de la investigación realizada tienen, en ese antecedente de vasta cultura histórica, un puntal firmísimo de singular eficacia.

Además, el autor de *Camisas negras* ha vivido el fascismo en Italia durante varios años...

El libro de que nos ocupamos señala, junto con algunos más recientemente producidos por varios compañeros, un nuevo género de producción dentro del movimiento libertario. Es necesario subrayar este hecho en el cual coinciden compañeros diversos, relativamente noveles en la producción libresco. Porque conviene adquirir conciencia de este hecho fruto de la época y de real importancia. Luce Fabbri nos ha dado una obra de sociología real, es decir, de análisis directo de un problema, examinando los materiales y poniéndolos al desnudo. Documentando para argumentar, demostrando con los hechos para deducir conclusiones. Es una corriente hija, lo repetimos, de los tiempos actuales en los que no basta ya el razonamiento sobre la realidad, ni el lógico discurrir, y que exigen el conocimiento concreto de los hechos sociales para desprender sobre esa base adecuadas normas de acción.

Volvemos a los tiempos de Proudhon, de Kropotkin y de Reclus. A los tiempos en que el inquieto análisis de la vida y su conocimiento exacto convence al no convencido, y permite crear una capacidad de dinamismo creador sin el cual nada positivo puede el militante realizar. Penetremos de nuevo con el microscopio

y el bisturí en las entrañas de la sociedad. Mucho tenemos que aprender; mucho tenemos que enseñar; mucho habremos de ganar para la emancipación humana. Lo demás es monótono repetir que no convence a nadie, y encadena en la nada el ímpetu creador de las mentes.



Luce Fabbri ha manejado el bisturí y el microscopio. Ha penetrado en las entrañas del fascismo y las exhibe al mundo. Su libro consta de seis capítulos. Aborda sucesivamente el fascismo como fenómeno internacional, el fascismo italiano en sus antecedentes primero, en su acción política después, el corporativismo, las dictaduras y la cultura, el fascismo alemán y el fascismo italiano.

No podemos reseñar todo el libro, pero sí vamos a insistir sobre los rasgos a nuestro juicio salientes de esta obra.

La autora asigna al fascismo un carácter de defensa capitalista, un carácter de clase. Concuerda con su padre, que llamó a ese fenómeno «la contrarrevolución preventiva». Pero todo no se reduce a esta cuestión fundamental; otros factores prepararon mentalmente a la minoría que, en cierto momento, debía iniciar, independiente de las cuestiones clasistas, pero sirviendo de paso al capitalismo, el movimiento fascista.

Asistimos al desfile de ciertos aspectos de la cultura anterior a 1914. La influencia de Nietzsche, despreciador de muchedumbres y exaltador del «yo» superhombre; la de Sorel, pragmático y divinizador de la violencia; la de D'Annunzio, poeta rutilante de frases sonoras y huecas, heroicas y musicales, que hipnotizó a parte de la juventud estudiantil haciéndole creer que «el paraíso está entre las espadas»; la pirotecnia futurista afanosa de todo lo novedoso... dentro de los viejos moldes. Y por fin la herencia moral inmediata de la guerra. Todo esto contribuyó a formar el extraño conglomerado que inició el fascismo bajo la dirección de revolucionarios plegados a la guerra, destacándose por su locura de grandezas Benito Mussolini.

Más que las circunstancias en que triunfó el fascismo —lo que ya ha sido divulgado—, nos interesa su política de los primeros años. Política defensiva, en que los órganos, las leyes, las medidas, las instituciones represivas van constituyéndose, obedeciendo a una necesidad de defensa y consolidación mucho más que a objetivos predeterminados o a un plan conscientemente elaborado. Con su figura de mujer, Luce Fabbri nos muestra la construcción casual y fatal del artificio fascista, cuyas piezas son el resultado de circunstancias diarias a las que su autor no preveía nunca, mientras sus previsiones son abandonadas una tras otra. Queda así demostrado lo infundado del supuesto genio mussoliniano, pero esta consolidación hija de la fatalidad, creada por un primer paso dado debe ser, al mismo tiempo que un objeto de curiosidad, un serio motivo de reflexión.

Sin principios, con la sola ambición de mantenerse en el Poder, el fascismo se aferra al nacionalismo después de haber lanzado un programa revolucionario. Y poco a poco lograr crear un cuerpo de doctrina. Se diferencia en esto de las reacciones históricas precedentes. No se trata solamente ya de eliminar a adversarios del *statu quo*. Se trata de cristalizar las formas sociales

Preguntantes cuyas preguntas, por constituir consultas, deben pedirme cuestionario a mi dirección y remitiendo sello: Señores F. Palencia; Antonio S. Maroto; O. M. M. S.; Josefa Ruiz; Pepe; A. Borrego; Esotérico; Una lectora; D. M.; Un admirador de ESTUDIOS; Manuel Rodríguez; Una joven; Bañón; Rafael Bermúdez; S. S. (de Rosas); J. Bareas; Manuel Algabe; Vicente Alabau; Un admirador de usted (Salt); y Un libertario en libertad.

Suplico una vez más: Concisión y brevedad en las preguntas, sin prosa inútil; que no haga cada uno sino una o dos preguntas, y que escriban con letra clara. Por lo demás, absténganse de decir que se conteste en seguida; las preguntas son muchas y yo uno solo para contestarlas. Tengan presente que ahora se están contestando todavía preguntas recibidas en agosto y septiembre del año pasado.

en un régimen políticamente absolutista, como en las peores monarquías del antiguo Egipto. Y aun, el absoluto control de la vida económica y cultural, la total estatización de las menores actividades individuales y colectivas hacen tal vez peor la situación del italiano actual.

Muy atinadamente se enseña el contraste entre el corporativismo histórico, el de la Edad Media particularmente, y el llamado Estado corporativo anunciado por Mussolini. Este, junto con la obligatoria pertenencia a los sindicatos fascistas que de hecho no son más que una burocracia de partido a las órdenes directas del dictador omnipotente, no tiene más fines que provocar el control absoluto de toda la vida italiana, y someter más completamente, mientras el Estado no absorba a los privilegiados agobiados por los impuestos legales y extralegales, a la clase trabajadora.

Aterrador resulta el cuadro de la opresión ejercitada sobre la cultura, desde la enseñanza elemental al profesorado universitario, hasta la prensa, el libro, el teatro, el cinematógrafo, las conversaciones privadas —controladas por medio de los hijos a quienes los maestros interrogan en las escuelas—, la correspondencia, etc. Nunca se llegó a un sistema tan completo, tan inteligente de opresión y deformación mental. Esto debería hacer reflexionar a los que no creen útil impedir a todo trance el triunfo del fascismo.

Asistimos asimismo a las concesiones del ex revolucionario al papa, cuyo poder temporal restaura.



Una característica de este libro, aparte lo original de varios de sus aspectos y su valor de síntesis histórica, es la savia libertaria con que ha sido escrito.

Luce Fabbri tiene de la historia un concepto exacto y profundo. No es para ella, como no es para ningún anarquista —contrariamente al dogma marxista que pre-

tende encerrar en una sola fórmula los innumerables hechos de la vida— un simple reflejo de la economía. La voluntad humana tiene y debe tener su participación a veces predominante. Si no la tuviese, en esta ocasión, y la adaptabilidad del fascismo a las más diversas circunstancias no ofrece perspectivas por el lado de la economía, pues si ésta se derrumba en su forma capitalista será estatizada y el privilegio habrá cambiado de manos, si no lo tuviese, decimos, ¿qué esperanza abrigar?

La misma savia libertaria le hace insistir en el peligro del Estado, forma eterna del privilegio del que el capitalismo es un aspecto temporal. Forma del privilegio e instrumento de opresión. La democracia procura defender su situación tambaleante en lugar de continuar la marcha adelante, hacia nuevas conquistas sociales. Para defenderse refuerza al Estado, creando así su propio sepulturero, pues la inmovilidad es imposible, y el régimen debe inclinarse hacia la izquierda o hacia la derecha.

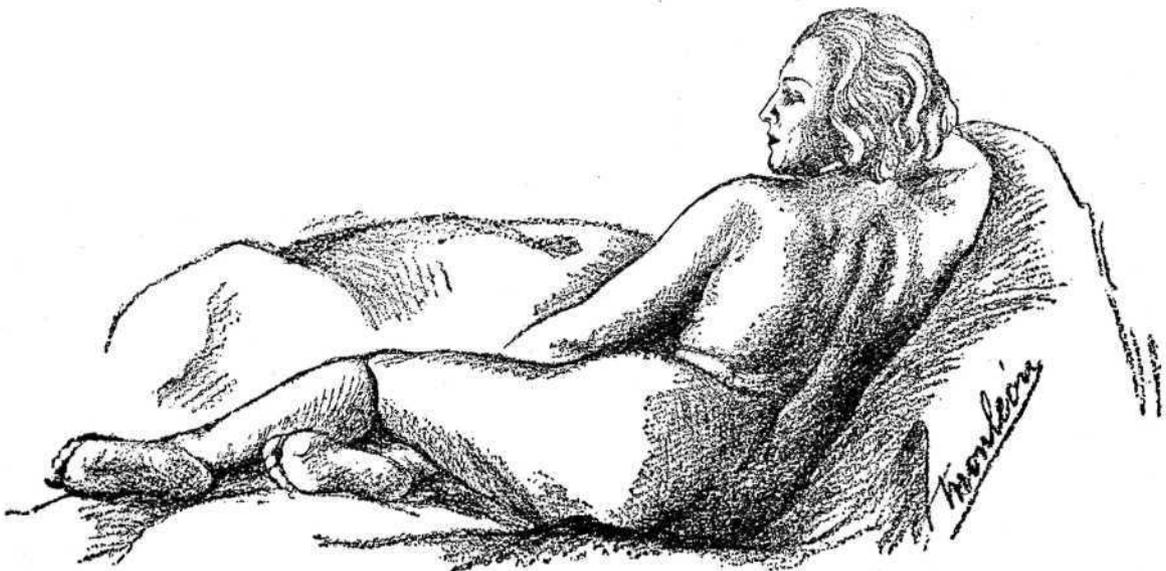
El mismo bolchevismo cercena, con su práctica dictatorial, tanto la libertad humana como el desarrollo de la cultura que nunca pudo florecer bajo el dominio de los dogmas cerrados.

«Si la conquista revolucionaria del Poder no sirve sino para producir un cambio exterior de formas y un cambio material de hombres en los cuadros de la clase explotadora, si la democracia es una valla de papel frente a una avalancha de piedras, no queda sino el camino de la acción directa para la destrucción del Estado.

»Esta es la consecuencia lógica que se desprende de la tremenda lección que nos están dando los hechos, ésta es la única salida que tiene el laberinto en que estamos encerrados.»

Así concluye este hermoso libro que es un valioso aporte a la historia del fascismo y a la justificación de las ideas libertarias.

GASTÓN LEVAL



De la inspiración

Gonzalo R. Lafora



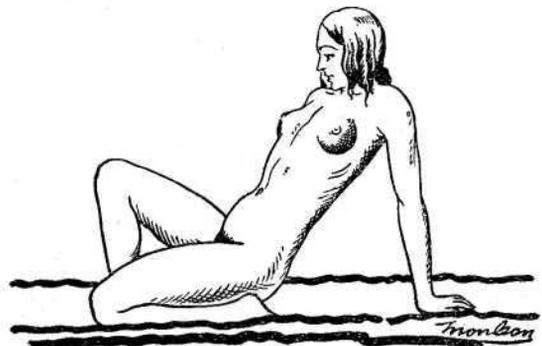
A inspiración poética, como la inspiración pictórica, es una especie de visión, semejante a esos momentos que todos experimentamos en la vida diaria en que nos abstraemos momentáneamente en un mundo imaginario que se presenta ante nosotros sin sollicitación alguna por parte nuestra. Es lo que generalmente se denomina *ensueño* o *réverie*. El poeta vive mucho más tiempo y más profundamente que el hombre corriente en este mundo de ensueño, pero, sobre todo, se diferencia de éste en que posee la cualidad de poder concretar en formas del lenguaje, de ordenar rítmicamente lo que para el hombre corriente ha pasado inadvertidamente por su imaginación, lo que no deja rastro emotivo en la mente vulgar del hombre común.

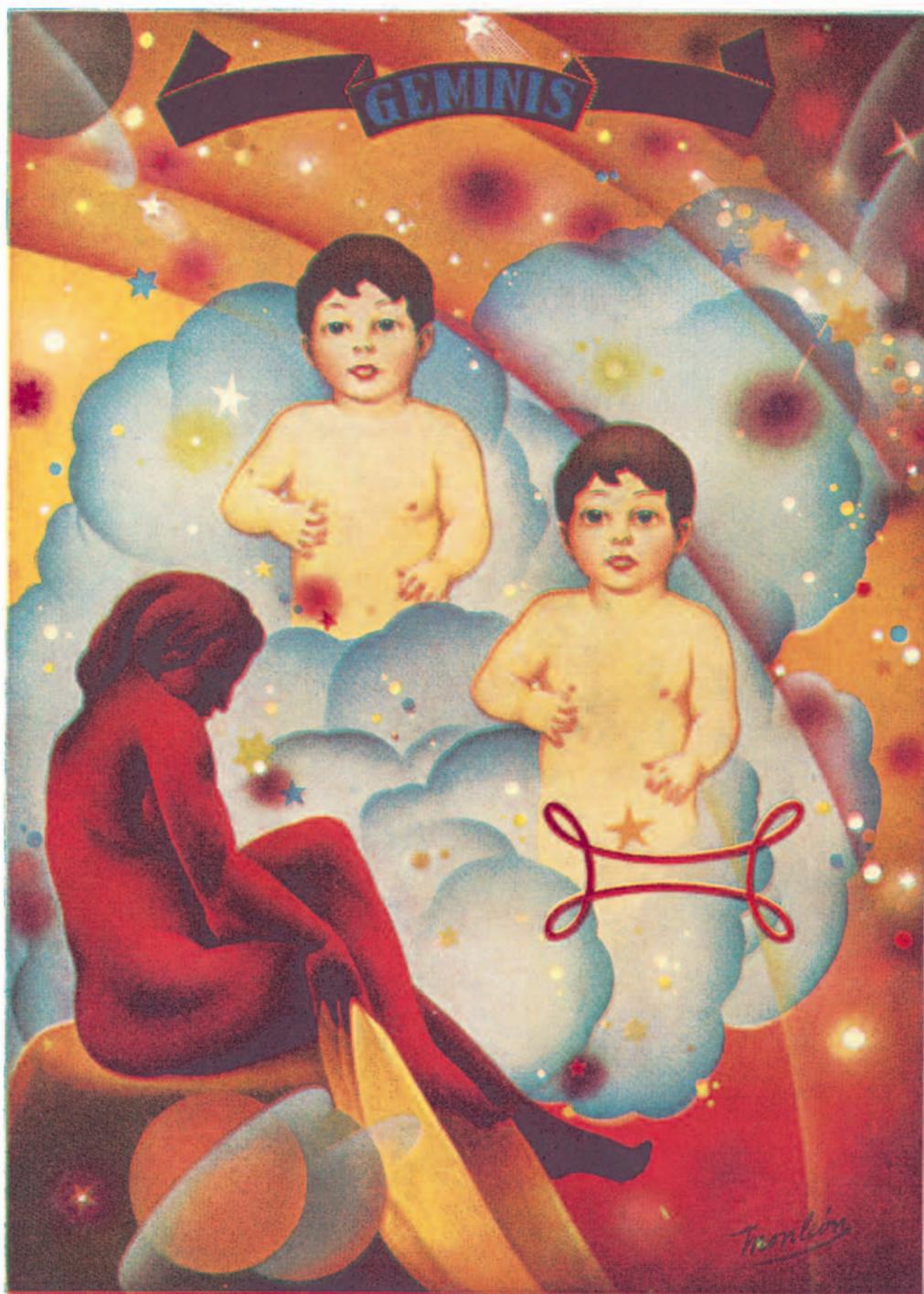
La función poética no procede, pues, del pensamiento común lógico, de lo que pudiéramos denominar pensamiento realista o práctico, sino de un proceso mental distinto, que el poeta siente con mayor intensidad y frecuencia que los demás hombres. Es un género de proceso psíquico que tiene grandes analogías con los sueños y con otros actos psicológicos, tales como el éxtasis místico, las visiones y alucinaciones hipnagógicas que preceden al sueño y los períodos de brillantez imaginativa que inician la intoxicación alcohólica o que produce la fiebre.

En todos estos actos psíquicos se produce fundamentalmente una *relajación de la llamada atención voluntaria* y de la inhibición consciente que en el pensar común preside todos nuestros actos mentales. Libre entonces el sujeto de esta férula, empieza a imaginar dirigido por la subconciencia independiente.

Muchos poetas y escritores se han dado cuenta introspectivamente de este carácter libre y subconsciente de su inspiración, en la que las ideas poéticas se presentan inesperadamente, como una alucinación. El gran escritor inglés Stevenson comparaba las alucinaciones del delirio febril con los sueños y con la imaginación literaria, en un capítulo sobre los sueños de su libro *Across the plains and other essays (A través de las planicies y otros ensayos)*, y Edgar Poe dice, por boca de un personaje suyo, poeta, esta frase: «Soñar ha sido el trabajo de mi vida.» En el mismo sentido ha escrito Remy de Gournmont: «Frecuentemente no puedo distinguir los sueños de la realidad, y confundo, por ejemplo, lo que me ha dicho un amigo el día anterior con lo que he soñado durante la noche.»

Son infinitas las alusiones de este género que se encuentran en los escritos de los poetas, y que reúne Chabaneix en su libro *Le subconscient chez les artistes*. No nos podemos resistir a copiar dos, que son muy demostrativas. Hebel, el autor de *Judith*, dice en su diario: «Mi creencia de que el sueño y la poesía son idénticos se ha confirmado todavía más ahora», y Hearn afina a ún más en esta idea al escribir: «Confía en tu propia vida de los sueños; estúdiala cuidadosamente y toma tu inspiración de ella, pues los sueños son la fuente primaria de todo lo que es bello en la literatura, de lo que trata de aquello que está más allá de la experiencia diaria.»





SIGNOS DEL ZODIACO

GEMINIS (Gemelos)

Del lat. *gemini*. Tercer signo o parte del Zodíaco de 30° de amplitud que el Sol recorre aparentemente durante el último tercio de la primavera. Confina con las constelaciones de Canis minor, Monoceros, Orión, Taurces, Auriga, Telescopium, Lynx y Cáncer. Empieza a ser visible en noviembre y brilla con todo su esplendor entre los meses de diciembre y abril; desaparece a fin de mayo. Los antiguos llamaban a estas dos estrellas Cástor y Pólux y también Apolo y Hércules (hijos todos de Júpiter), pero ha prevaecido la primera denominación

La Impotencia genital. Cómo se previene y cómo se cura la debilidad sexual.—Por el doctor Eduardo Arias Vallejo.

Precio: 1 pta.

El Estreñimiento. Sus causas. Sus consecuencias. Su curación por el Tratamiento Naturista.—Por el doctor Roberto Remartínez. (Con ilustraciones.)

Precio: 1'50 ptas.

Higiene Sexual. Fisiología e Higiene de las relaciones sexuales y del anticoncepcionismo.—Por el doctor Félix Martí Ibáñez.

Precio: 1 pta.

La Alimentación humana. La alimentación racional y científica, adecuada a las necesidades físicas y mentales de cada uno.—Por el doctor Lucio Alvarez Fernández.

Precio: 1 pta.

La Delgadez (Causas y anormalidades). Su tratamiento racional.—Por el doctor Eduardo Arias Vallejo.

Precio: 1 pta.

La Obesidad (Estudio y tratamiento naturista contra la obesidad y sus consecuencias).—Por el doctor Enrique Jaramillo.

Precio: 1 pta.

La Sífilis. Cómo se evita. Cómo se cura por el tratamiento naturista. Errores fatales de la Medicina clásica. — Por el doctor L. Bastos Corbeira.

Precio: 1 pta.

Colección de Novelas, Sociología y Crítica

El mundo hacia el abismo. por Gastón Leval.—¡La guerra viene! Los fabricantes armamentistas, los primates de la alta Banca, los lobos sanguinarios que trafican con las vidas humanas, están tramando la más espantosa hecatombe guerrera que regará de sangre y de cadáveres el mundo, pero que llenará de oro sus cajas de caudales. ¡Su codicia criminal no tiene límites! Es necesario que el mundo conozca cómo se está alentando la guerra y preparando su estallido mientras se representa la comedia del desarme. En esta obra expone su autor datos de una autenticidad irrefutable que llenarán de estupor y de angustia al ser conocidos. Propagar esta obra es hacer la más eficaz labor en favor de la paz entre los pueblos.

Precio: 4 ptas. Encuadernado en tela, 5'50 ptas.

Infancia en cruz. por Gastón Leval.—Es este el libro impresionante que rebosa dolor y amargura, en el cual su autor narra su niñez atormentada por la crueldad incomprensible de la propia madre. Cuesta trabajo admitir que esta obra sea el relato fiel de una vida. Admitir que una madre sea capaz de hacer sufrir con tal refinamiento a la carne de su carne, se hace muy duro y echa por tierra lo que tantas veces se ha dicho y repetido acerca de la santidad y abnegación de las madres. Sin embargo, no cabe duda que es el trasunto fiel de una realidad dolorosa y terrible lo que en esta obra se relata. Se adivina el dolor íntimo que sufre su autor al escribir tan tremenda acusación contra su propia madre, y se comprende que nadie sería capaz de escribir tan amargas verdades si no lo hiciera con el noble propósito de redimir al niño y al hombre.

Precio: 3 ptas. Encuadernado en tela, 4'50 ptas.

La Montaña. por Elíseo Reclus.—Grandiosa obra en la que se estudia la naturaleza de las montañas y la nobleza de sentimientos que su contemplación inspiran en el hombre. Quien no ha leído a Reclus no sabe las posibilidades de arte que hay en los estudios de esta índole. El lector siente el encanto inexplicable de tener en las manos un volumen que le enseña y le deleita a la vez con una intensidad pocas veces igualada. La pluma magistral de este eminente geógrafo ha hecho de este libro un verdadera joya literaria.

Precio: 2 ptas. Encuadernado en tela, 3'50 ptas.

El Arroyo. por Elíseo Reclus.—Hacia ya bastante tiempo que se había agotado este primoroso libro del sabio geógrafo y humanista insigne. Los que lo habían leído lamentaban no poderlo encontrar de nuevo para leerlo una y otra vez, y darlo luego a leer a sus amigos más íntimos. Cosa perfectamente explicable. El placer que se tiene leyendo *El Arroyo* no tiene nada de egoísta. Así, después de haber sentido el intenso gozo interior de dicha lectura, se siente el deseo de que participen del mismo placer las personas que nos son más allegadas.

Precio: 2 ptas. Encuadernado en tela, 3'50 ptas.

Los Primitivos. por E. Reclus.—Si el estudio de las maravillas naturales deleita al mismo tiempo que educa e instruye, no es menos alicionador el estudio de las razas primitivas, sus costumbres, sus hábitos, sus creencias y formas de vida. Por el contrario, complementa el conocimiento y explica la íntima relación que esos hábitos y creencias tienen con el suelo que habitan y cómo influ-

yen de manera directa las bellas creaciones de la Naturaleza a moldear el carácter y definir la personalidad de las razas. Muy bellos y muy provechosos son estos conocimientos, pero lo son mucho más de la manera amena y sugestiva en que lo hace este autor inmortal, al que tanto deben la ciencia contemporánea y el acervo de los humanos conocimientos.

Precio: 3 ptas. Encuadernado en tela, 4'50 ptas.

Un puente sobre el abismo. por Higinio Noja Ruiz.—Hacia falta esta obra escrita por un espíritu selecto, que hable al corazón y a la conciencia del mundo; que ahondando en el campo experimental de las causas que hacen posibles las horribles luchas fratricidas, señale las normas éticas, profundamente humanas y oriente al lector hacia una moral superior de convivencia humana que haga imposible la repetición de la bestialidad guerrera que ensangrentó los campos de Europa.

Precio: 2 ptas. Encuadernado en tela, 3'50 ptas.

Gandhi, animador de la India. por Higinio Noja Ruiz.—El mundo contempla estupefacto cómo un pueblo hasta ahora sojuzgado por el más soberbio y férreo imperialismo, se levanta de pronto contra su opresor que con todo su poderío y sus poderosos medios coercitivos no puede nada contra la actitud estoica adoptada de desobediencia civil y de resistencia pasiva. Noja descubre la personalidad moral de Gandhi a través de una descripción emocionante de la gigantesca lucha del pueblo hindú contra su opresor.

Precio: 1'50 ptas. Encuadernado en tela, 3 ptas.

Colección «Ayer, hoy y mañana»

Estos folletos, magníficamente presentados, constituyen una pequeña enciclopedia de gran valor cultural, pues el tema de cada uno de ellos lo forman opiniones cuidadosamente seleccionadas de las figuras más destacadas de la intelectualidad mundial. Van publicándose los siguientes:

	Ptas.
Pobres y ricos	0'30
La política y los políticos	0'30
Democracia, sufragio y parlamentarismo	0'30
Periódicos y periodistas	0'30
Capital, dinero y trabajo	0'30
La guerra	0'30
La sociedad actual	0'30
Criminales, leyes y juzgadores	0'30
Socialismo, sindicalismo y anarquismo	0'30
El amor	0'30
La vida y la muerte	0'30
Patriotismo y nacionalismo	0'30
Libertad, Igualdad y Fraternidad	0'30
El derecho y la justicia	0'30
El Arte y la Ciencia	0'50
Hombres y hombrecillos	0'30
El Estado	0'30
La simpatía y la amistad	0'30
La Historia y los historiadores	0'30
Literatura, Música y Poesía	0'30

PESARIO «FERMITA», EN PLATA

Seguridad y eficacia absolutas. Medio sencillo, práctico, higiénico y cómodo para la mujer.

Precio: 5 pesetas; por correo, 6; a reembolso, 6'50.

CONOS EUGENICOS «AZCON»

El producto por excelencia para higiene íntima de la mujer, y un poderoso profiláctico contra las enfermedades venéreas.

Caja con doce conos, 5'50 pesetas; por correo, 6; a reembolso, 6'50.

Se ha puesto a la venta

La Belleza de la Mujer

Tratado de las proporciones armoniosas del cuerpo humano

Es ésta una obra admirable, importantísima y magnífica, en la que el insigne Carlos Brandt, autor de tantas y tan notables obras demuestra la importancia filosófica, artística y sociológica de la belleza física.

Es un libro que estimula el ánimo y subyuga por la belleza y la lógica de sus conceptos, despertando el vivo deseo de superación mental y física del lector.

Una obra de acabada perfección estética y artística.

A la belleza de su texto y de sus ilustraciones corresponde la esmerada y cuidada edición que ofrecemos y que tendrán en gran estima todas las personas amantes del arte y de la belleza.

Profusamente ilustrada con 54 láminas de fotografías y grabados artísticos fuera de texto.

Precio: 5 pesetas.

Encuadernado en tela, 7 pesetas.

CONSULTORIO MEDICO DE «ESTUDIOS»

DR. ROBERTO REMARTINEZ

MÉDICO FISIATRA

Conde Salvatierra, 19.-VALENCIA

Ex interno de la Facultad de Madrid
Académico corresponsal de la Academia de Medicina de Barcelona

Ex médico de la Cruz Roja
Electricidad médica, Diatermia, Fototerapia,
Rayos X, etc.

Consultas (muy reservadas) por correspondencia.
Descuentos especiales en consultas y tratamientos
a los lectores, enviando el cupón.
Pedid cuestionario.

CONSULTA EN VALENCIA:

Calle del Conde Salvatierra, 19, de 9 a 1

DR. M. AGUADO ESCRIBANO

MÉDICO FISIATRA

CERRO MURIANO (Córdoba)

Pidan cuestionario para consultas por correspondencia.

A los lectores de esta Revista que acompañen el cupón adjunto, descuento del 50 por 100 en la primera consulta, y el 25 por 100 en las sucesivas.

DR. ISAAC PUENTE

MÉDICO

MAESTU (Alava)

A los lectores de ESTUDIOS que acompañen el cupón, 2 pesetas por cada consulta por correspondencia.

DR. L. ALVAREZ

MÉDICO NATURISTA

Santiago, 43.—VALLADOLID

Precios de consulta: Pidan cuestionario para consultas por correspondencia.

A los lectores de esta Revista que acompañen el cupón adjunto se les descontará tres pesetas en la primera consulta, y una peseta en las sucesivas.

J. PEDRERO VALLES

MÉDICO HOMEÓPATA

Torrecilla, 9 y 11, pral. — VALLADOLID

Los lectores de ESTUDIOS que acompañen el adjunto cupón serán favorecidos con un descuento del 50 por 100.

Para las consultas por correspondencia, pídase «Cuestionario de preguntas», adjuntando el franqueo para la contestación.

DR. ROYO LLORIS

Provenza, 424.—BARCELONA

Enfermedades de la piel y cuero cabelludo
Consultas personales y por correspondencia, absolutamente gratis a los lectores de ESTUDIOS. Para consultas por correspondencia, inclúyase el sello para la contestación, además del cupón, sin cuyo requisito no serán contestadas.

ESTUDIOS

CUPON CONSULTA

Núm. 142.—Junio 1935

Córtese este cupón e inclúyase al formular la consulta, para tener opción al descuento especial.